

ME ENAMORÉ DE A.P-R

CARMEN LAFAY

Número de asiento registral 02/2007/13

PRÓLOGO

No recuerdo en qué momento empecé a fijarme en A.P.R, el hombre. También he olvidado por qué sucedió. Quizá yo atravesaba una etapa de mi vida vacía de amores, una época yerma de fantasías. Quizá tuvo que ver el recuerdo de mi padre, fallecido años atrás, gran amante del mar y de la cultura. ¿Quién sabe cómo nacen los sueños?

Pero sucedió. Comencé a interesarme por su página dominical, a hurgar en Internet en busca de información sobre el escritor y a reparar en comentarios y opiniones expresados por sus lectores en los foros de la red. Y así fui tejiendo en mi cerebro una maraña de la que empezó a ser difícil desprenderse. Las ensoñaciones durante las cuales compartía diversas vivencias y aventuras con mi héroe me cautivaban más que mi vida cotidiana.

Por esto tomé la decisión de escribir estas quimeras, al principio como un intento de salvaguardar mi mutilada psique, luego como algún extraño ritual de expiación, finalmente como la única manera de regresar a la serenidad que ha caracterizado mi vida en los últimos años.

Sin embargo, a medida que iba rellorando páginas y cerrando capítulos, apareció en mi mente una intrusa: la curiosidad. Ella fue quien planteó las preguntas y ya no pude conformarme con soñar; quería saber cómo era el hombre en realidad y si podía confiar en la imagen que daba en El Semanal. Entonces, de una manera natural, pensé en encontrarme con él, en verle aunque fuera una única vez.

Llegada a este punto de mis intenciones, canalicé todas mis energías hacia un solo objetivo: escribir un libro para Arturo, libro que habría de entregarle en mano en alguna ocasión. En una primera aproximación me pareció un sueño irrealizable, más tarde una tarea

de titanes, y cuando me hube acostumbrado a la idea, una posibilidad descabellada pero nada remota.

Mientras mis sentidos se dispersaban en no pocos extravíos, mientras me esforzaba en tratar con sentido del humor esta locura, desgranaba los días y las semanas, y de mi mente brotaba un sinfín de preguntas sin respuesta: ¿en qué lugar podría dar con él?, ¿qué efecto me causaría verle?, ¿tendría ocasión de hablarle unos instantes?, ¿sería bien recibida mi humilde persona?, ¿le interesaría este libro hasta el punto de leérselo?, ¿sería de mi agrado el popular escritor?

I

La rapidez de mis reflejos fue lo único que impidió que la botavara me arrancara la cabeza de cuajo.

La trasluchada había sido inesperada, aunque él probablemente me había gritado, avisando de su intención. Sólo que yo no le había oído. Me di la vuelta y le miré. Seguía aferrado al timón de caña, luchando contra la tormenta que le había obligado a virar. Antes de que pudiera leer el susto en sus ojos, su voz grave resonó en medio del estruendo con un reniego absolutamente justificado puesto que el paso rabioso de la botavara había conseguido arrancar la polea de la escota de la mayor y todo el aparejo daba latigazos en el aire a una distancia que parecía imposible acortar.

—¡El bichero! —me ordenó a voz en grito.

Entonces, tambaleándome a causa del fuerte oleaje, solté los mosquetones que me mantenían sujeta a la línea de vida, abrí el tambucho de popa, trastabillé al bajar los cuatro peldaños y me adentré a buscarlo. Por los ojos de buey se atisbaba el mar enfurecido, ora tiñendo de azul, ora de espuma, los cristales.

Reprimiendo una arcada, huí de aquel espacio inestable, asta en mano, y regresé al exterior, junto a él, tras dejar de nuevo estanca la camareta. Las olas barrían sin piedad la cubierta azotada por la lluvia y el viento.

Mi hombre seguía de pie, forcejeando con el timón, apretadas las mandíbulas, la mojada piel brillando sobre sus tensos músculos. Cuando me tuvo a su lado me entregó la caña y la así con ambas manos mientras él empuñaba el bichero para dar caza a la escota. Salió de la bañera y se descolgó por la borda, con medio cuerpo fuera del motovelero, y yo, por el rabillo del ojo, le observaba desafiar la turbonada. Una garra helada me aprisionaba el corazón. Al esfuerzo de gobernar el barco sin perder de vista el compás se añadía el temor a verle desaparecer en el abismo que se abría y se cerraba bajo su cuerpo.

Lo consiguió. Tiró primero del aparejo y luego de la botavara hacia sí, doblado por su peso; la embarcación dio un bandazo, la vela mayor se tensó como la piel de un tambor y, cuando hubo anudado la escota al carril, volvió a ocupar su puesto de patrón y arrumbó el *Cala Salions* hacia Barcelona.

La víspera habíamos salido de Ibiza hacia el puerto deportivo de Playa de Aro, en la Costa Brava. Habíamos dejado el Tagomago a estribor y bordeado las costas de Mallorca durante la noche. Al amanecer, unas tintoreras curiosas nos habían acompañado, jugueteando a nuestro lado.

Pocas horas antes navegábamos a motor, con calma chicha. La mañana era espléndida: luminosa y transparente. Yo llevaba puestos un sombrero de paja y una camiseta de manga larga para protegerme del sol abrasador de aquel doce de agosto, y manejaba perezosamente el timón mientras él aparejaba una caña para pescar a curricán. La colocó en su tintero, se dio la vuelta y su rostro tranquilo se sorprendió cuando fijó la vista en un punto lejano que había llamado su atención. Arrugó la frente y un escueto pliegue se le insinuó entre las cejas.

—¡Mira! —yo enfoqué mis ojos en la misma dirección.

Una línea gris oscuro se dibujaba por proa, ensuciando el horizonte. Y nos dirigíamos a ella, a siete nudos, sin prisas. A lo lejos empezaron a formarse borreguitos. Enseguida se desplomó sobre

ellos una cortina de agua. Y nosotros seguíamos acercándonos, limando distancias.

—Trae los arneses y los chalecos salvavidas.

Yo no me había dado cuenta de lo que se nos venía encima, pero corrí a la cabina a fin de cumplir la orden. Antes de engancharnos a la línea de vida izamos la vela mayor para estabilizar el barco. Se levantó un amenazante viento del nordeste que empezó a soplar con fuerza. El agua, contenida en grandes nubarrones procelosos que habían invadido el cielo, se derramó sobre nosotros. Arturo le tomó tres rizos a la mayor y largamos génova, dejándolo a modo de tormentín. «Tendremos más gobierno» —respondió a un gesto mío.

Íbamos de ceñida muy abierta, casi de través. Pero el mar creció tanto que el *Cala Salions* no avanzaba, atascado entre olas gigantescas. Por esto él tomó la decisión de cambiar radicalmente el rumbo, de virar hacia el puerto de Barcelona, navegando de aleta de estribor, con el propósito de ser impulsados por el viento.

La embarcación pues, ya encauzada, se dirigía al Port Vell, y yo sentía bajo mis pies el pasar de la ola que nos trasladaba un poco más adelante, nos soltaba y nos abandonaba a nuestra suerte, y el pasar de la siguiente que cogía el relevo y repetía el proceso; y a mí me parecía estar sobre una tabla de surf. Me estaba divirtiendo de lo lindo, y me dio por reírme y por chillar de gusto, olvidando que estábamos a muchas millas de la costa, que la tormenta arreciaba, que el viento debía de ser de fuerza ocho y que nuestro futuro era incierto.

El día avanzaba, tenebroso, insolidario. Ocasionales relámpagos sesgaban el cielo encapotado y el estallido de los truenos no conseguía atravesar el fragor del mar. El agua estaba omnipresente, encharcando la cubierta, empapando nuestras ropas. Desde arriba nos duchaban con goterones y de todas partes nos lanzaban cubos de agua. Yo apretaba los párpados y las mandíbulas y de vez en cuando me estrujaba el pelo, sin dejar por ello de mantenerme aferrada al tambucho, pues temía perder el equilibrio con el vaivén.

—¡Las bombas de achique! Ve a ver si funcionan. Nos estamos llenando de agua.

De nuevo, solté los enganches del arnés y me metí en la cabina sintiéndome sacudida como en una coctelera. Me consoló reparar en la botella de coñac que siempre nos acompañaba. Si nuestra situación empeoraba mucho, una buena borrachera nos consolaría.

Regresé a mi sitio. De vez en cuando me giraba y le observaba. Arturo estaba concentrado en su labor y yo sabía que nos conduciría —al barco y a mí—, a buen puerto. Por eso no sentía ningún miedo. Confiaba en él, en su experiencia de lobo de mar, en su inteligencia, en su astucia. Y mientras el gregal y el motor diesel nos empujaban hacia Barcelona, yo me tranquilizaba repasando viejas epopeyas.

Arturo se me antojaba Ulises haciéndose a la mar para regresar a Ítaca. El aqueo naufragaba y conseguía alcanzar mi isla. Yo era Calipso, la ninfa que le ocultaría y le guardaría para sí hasta que Atenea decidiera intervenir. En otros momentos, Arturo era Eneas, el troyano sobre el que Eolo desató los vientos. Acudían a mi memoria retazos de Virgilio: *Necesitamos que Neptuno aplaque las hinchadas olas, ahuyente las apiñadas nubes y descubra de nuevo el sol*, y los recitaba en un murmullo, como una súplica.

Pero ningún dios atendía mis plegarias. El único ser existente en muchas millas a la redonda se hallaba a mi espalda, capeando el temporal, lidiando por la supervivencia de ambos. Y yo rebosaba agradecimiento y admiración. No necesitaba ningún otro dios. Ya tenía uno, sólo mío, en carne y hueso...

II

Mi soñado inconformista:

Sin poder evitarlo me siento profundamente atraída por usted, por su actitud personal, por su descaro, por su mordacidad, e incluso por el mal talante y la soberbia que le supuran, en ocasiones, por los poros.

Las pasiones no son cuerdas. La mía, gestada con la lectura de artículos y libros suyos, en los que inevitablemente se desnuda como hombre, no es una excepción.

He llegado a pensar en naufragar delante de su barco para que no tenga más remedio que recogerme; se me ha ocurrido desplazarme a La Navata, trasladarme a Cartagena, vagar por los pantalanes y, quizá, echar raíces en un noray. Puesto que también va a ser difícil que coincidamos en algún acto cultural o frívolo, me resigno a la simplicidad de la escritura, con la esperanza de que este breve texto no le parezca, por su estupidez, únicamente digno de la papelera.

Probablemente no llegaremos a vernos y podrá seguir reinando en mis fantasías. He sentido un impulso y le he escrito, pero no deseo esconderme en el anonimato. www.carmenlafay.com

Este fue el texto que un día decidí mandarle por correo electrónico al hombre con el que sueño desde hace meses. Y, como es lógico, ustedes me preguntarán: ¿Por qué? ¿Por qué una mujer hecha y derecha envía misivas fogosas a un héroe virtual? Hago hincapié en la palabra «virtual» puesto que yo nunca le he visto, ni siquiera en televisión; en ningún reportaje, en ninguna entrevista. Tampoco me he topado con él en la calle, ni me ha firmado libro alguno. La única imagen física que guardo en la retina es la de su

rostro en Internet, casi siempre la misma foto, arruga más, arruga menos. Desconozco el tono de su voz, su lenguaje corporal y el sinfín de características que nos personalizan. Pero no importa. Sucedió que me enamoré, sin más. Me enamoré del hombre, de su forma de ver la vida, de su posicionamiento, de su estilo, de su personalidad. Y en cierto momento en que me hallaba asfixiada por mi sueño, me atreví a escribirle, con la idea de hacerle partícipe de mis sentimientos, de compartir algo con él. Necesitaba que supiera de mi existencia. Creo que esta necesidad se debe a mi inconformismo, al deseo de ir siempre un poco más lejos.

Debía pues redactar un texto que cumpliera ciertas premisas: ser breve, conciso, atrayente y bueno. Tecleé las trece líneas del inicio en un momento pero invertí horas corrigiéndolas, dándoles la vuelta, cambiando palabras, manoseando y exprimiendo el texto, hasta que, al borde de la desesperación y con los circuitos cerebrales enmarañados, pedí auxilio a mi amiga Elsa, valenciana, crítica e imaginativa.

Cuando conseguimos darle la forma deseada al pequeño relato, me preguntó:

—¿Dónde se lo vas a mandar?

—Tengo la dirección de Alfaguara, la editorial que le publica. Pero debo intentar conseguir algo mejor, sin intermediarios.

Pocos días después, callejeaba con mi amiga Maite y le comentaba mi intención, cuando se me ocurrió que su novio, el librero, quizá me echaría un cable. Le rogué que le preguntara si podía conseguirme el e-mail personal de Arturo. Maite sacó el móvil del bolso, marcó un número y habló. Contestó luego escuetamente a la supuesta pregunta: ¿Para qué coño quiere eso tu amiga?, de forma amable y concisa. Luego enmudeció. A mí me tenían los dos con el alma en vilo. Luego ella, pacientemente, expuso: «Ya. Pero es que a Carmen le da igual que sea un pedante. Búscales la dirección... Silencio. Sí, ya sé —repitió con voz cansada—, pero es que a Carmen también le da igual que tenga fama de agresivo».

Total, que quedamos en que lo intentaría a través de un representante de Alfaguara que le debía algunos favores.

Fracasó. Entonces tomé la decisión de llamar a Madrid, directamente a la editorial. Me trataron muy amablemente y me informaron de que toda la correspondencia del escritor pasaba por su asistente, y de que, si lo deseaba, podía tomar nota de su dirección electrónica.

—¿Y a quién debo dirigirlo? —pregunté.

—A la Sra. ...

¡Horror! ¡Una mujer! Pues la fastidiamos, me dije, e inmediatamente llamé a Elsa que se solidarizó conmigo, compadeciéndome por mi mala suerte. Ambas estábamos desoladas. Y es que, como ustedes saben, es mucho más fácil habérselas con un macho que con una hembra. Porque las mujeres somos seres retorcidos, y además, ¿quién me asegura a mí que esta señora no está enamorada de Arturo, o que no es su pareja, o que no es una arpía, o simplemente que no cumple a rajatabla las órdenes concretas de filtrar según qué correos? Tenía pues dos dificultades en lugar de una: que a ella le viniera en gana enviar el correo y que él se lo leyera. A pesar de los malos augurios, no me desmoroné y escribí:

Sra. ...: A su buen criterio me remito, rogándole que haga llegar este escrito al Sr. A.P.R. No soy una fan quinceañera, sólo una mujer optimista que cree que en este mundo todo es posible, incluso que usted filtre este correo y que él se lo lea. Muy agradecida, le saluda, etc.

Quedé bastante satisfecha con el resultado final, pero seguía buscando algo diferente para enviar a mi héroe virtual. Entonces mi amigo Javier, de Santander, aterrizó en Barcelona y salimos una noche. No sé cómo —imagino que cuando andas todo el día a vueltas con lo mismo, surge el tema por todas partes—, la conversación giró en torno a Arturo y descubrí que el santanderino había leído todos sus libros y que no se perdía ni uno de sus artículos dominicales. Con

el transcurrir de la velada acabé confiándole mis intenciones y él me aconsejó que escribiera algo impactante y se lo enviara.

—Tienes que retarle —me aleccionó. Estoy seguro de que le gustará que una mujer le provoque. Fíjate en sus heroínas. Ninguna es una mujer normal. Además esto queda muy del siglo diecisiete que tanto le gusta. ¿Tienes algo bueno?

—Tengo en mente el relato de un temporal que nos pilló a Luís y a mí en el barco, en el noventa y nueve.

—Vale. Recuerda que tienes que empezar con una frase de acción, que impresione, como *una ola gigantesca nos barrió a los dos de la cubierta*, algo que sea fuerte. Cópiale. Y luego lo dejas colgado en el clímax. De todos modos, te aconsejo que escribas el relato entero y que lo cortes. Lo que le envíes no debe tener más de unas quince líneas. Entonces le dices quién eres y le explicas que escribiste el relato en una noche de fantasía en la que él tomaba parte. Le pones: si deseas conocer cómo sigue, tómate la molestia de hacérmelo saber por este medio. Y le das tu e-mail.

A mí me pareció que él no le haría ni puñetero caso al reto, pero me apetecía escribir la aventura que viví aquel mes de agosto y me puse manos a la obra. Pasé unos días fantaseando con Arturo al timón de un barco que al principio se me ocurrió bautizar *Cabo Negrete o Cabo Tiñoso*, para darle un toque murciano (después de bajarme de Internet un mapa de la zona de Cartagena). Me gustaba imaginarme a Arturo como si saliera de la piscina de hacer unos largos, chorreando agua, de pie, bien asentado sobre ambas piernas, el ceño fruncido y la vista clavada más allá de la proa, concentrado en la ardua tarea, marcando músculo mientras sujetaba con fuerza el timón. Y yo sentía el impulso de correr hacia él y...

Debo explicarles que siempre he sido así; que no es ahora, a mis años, cuando tengo fantasías de quinceañera. Verán. Desde niña he llevado lo que califico de doble vida. Esto es, la real y la imaginaria. Las dos conviven en buena armonía. A lo largo del día se entrecruzan y se separan sin descanso. Además, es práctico: cuando la realidad

se me hace aburrida, me fugo a la fantasía donde siempre tengo un rostro amable esperándome, una persona con la que vivo las aventuras más disparatadas. Allí soy la heroína de mi novela, la superwoman que se come el mundo.

Mis personajes están caracterizados hasta el mínimo detalle, es decir con cualidades y defectos, gustos y manías. La ventaja es que yo decido cuáles. Otra ventaja es que un hombre virtual no se escaquea ante una conversación imprescindible ni se mosquea cuando te desprendes de aquella camisa vieja y ajada que insiste en seguir poniéndose. O sea que no da el peñazo.

Por cierto, Sr. Académico, a ver por qué la palabra coñazo está en el diccionario de la Real Academia y la palabra peñazo no. (Aquí mi amiga Elsa, que usa siempre este término, me aplaude). Y que conste que yo soy una feminista descafeinada, es decir que dentro del amplio abanico de posicionamientos, que abarca desde la lesbiana que capararía a todos los hombres hasta la heterosexual que sólo pretende equiparar ambos sexos en caso necesario, yo me identifico con esta última: la que desea acabar con la servidumbre de la mujer y alcanzar el *tanto monta, monta tanto* de Isabel y Fernando. Aun así entiendo que conseguirlo en todo el mundo según nuestras ideas occidentales es una utopía a causa de la diversidad de etnias, de religiones e incluso de costumbres.

A los doce años pues, mi héroe era D'Artagnan, aunque admiraba secretamente a Milady de Winter, tan pérfida, tan mujer fatal y, al parecer, tan bella. Por cierto, que Alejandro Dumas está enterrado en París entre Víctor Hugo y Emilio Zola, este último mi escritor predilecto.

A los catorce, pasé al menos cuatro años bailando con mi ídolo, el bailarín Rudolf Nurejev en todos los teatros del mundo. Por supuesto, yo le daba sopas con honda a Margot Fonteyn, su pareja del Covent Garden. Ya adulta, tras un viaje a Kenia, perdí la chaveta por un guerrero masai inventado, que tenía el aliciente de ser una

mezcla explosiva de marcados caracteres tribales y esmerada educación recibida en Cambridge.

Mis amores duran hasta que mueren de puro desgaste. Cuando se me agotan las ideas acerca de las cosas interesantes que podemos compartir, los abandono a su suerte y ahí quedan, en el mundo de la irrealidad, quizá esperando a que otra pava como yo recoja sus restos.

Lo cierto es que ahora me hallo en el punto álgido de mis ensoñaciones. Actualmente ocupan mi cerebro durante más rato que la vida real. Cuando me siento frente al ordenador a las cinco y media de la madrugada, el primero en saludarme es el rostro de Arturo, de fondo de pantalla. En el metro, camino del ambulatorio donde trabajo, bolígrafo en mano, devoro su última novela, subrayo algún pasaje y hago anotaciones en los márgenes. Durante la media hora del desayuno, me quedo en el despacho leyendo las entrevistas colgadas en la red con la avidez del hambriento. Después de cenar, imprimo sus puntos de vista de la sección de firmas de xlsemanal.com. Los tengo todos desde el dieciséis de noviembre del dos mil tres. Me los llevo a la cama y los estudio, los analizo, me empapo de ellos. Persigo al hombre entre las líneas. Y me río. A menudo me parto de risa. También sonrío, condescendiente, como la madre que goza con todo lo que hace su hijo malcriado pero adorado.

Agradezco que no haga referencia, o casi, a su vida privada. Una vez en que habló de una mujer (¿la suya?), sentí celos auténticos, apasionados celos mediterráneos. Luego me consolé con una frase: *...ya es sabido que no importa que la mujer que preferimos vaya acompañada de otro hombre. ¿No es acaso más gustoso el triunfo en circunstancias tales?* Es de Azorín, en «Tiempos y cosas». Y suspiré. Y caí en la cuenta de que estaba enamorada de él hasta el tuétano de los huesos. Y me dieron ganas de abrir la ventana y proclamarlo a gritos. No lo hice.

Una noche cayó en mis manos el artículo titulado «Al final, género» en el que el académico nos explica por qué debemos decir «violencia doméstica» en lugar de «violencia de género». Me quedé a cuadros. Yo, en mi ignorancia, tenía entendido que cuando hablamos de sexo nos referimos a las características biológicas y cuando hablamos de género, le añadimos las categorías socio-culturales que caracterizan las conductas masculinas y femeninas de los seres humanos. Pues no. Me precipité al ordenador para consultar las metidas de pata que debía de haber en mi página web. Es que yo precisamente tengo publicada una novela de título «Yo no soy tuya», en la que trato, entre otros, el tema de la violencia en el ámbito familiar. Y he dado muchas charlas sobre esta lacra social. Bueno, pues resultó que no la había pifiado tanto. Sólo en dos sitios constaba el error. De todos modos, mandé urgentemente un sms a Eva, la informática que diseñó y que actualiza mi página, apremiándola para que eliminara las dos citas incorrectas tanto en castellano como en catalán (tengo una entrada para cada idioma), aunque desconozco la actitud de los lingüistas de mi tierra al respecto.

Está bien que los Sres. Académicos nos aleccionen (es parte de su función), pero a mí me parece que no se debe esperar a que a todos nos cueste llamar a la violencia de género de otro modo. Como médico creo que vale más prevenir que curar. El problema es que la lengua evoluciona demasiado aprisa, como todo. A ver si los Sres. Académicos tendrán que hacer horas extras. Reconozco además que es hartó difícil conseguir que los periodistas y los personajes públicos, principales difusores de la misma, lleguen a hablarla y a escribirla correctamente.

Como ustedes sabrán, o no, pero yo sí que lo sé, el veinticinco de noviembre de mil novecientos cincuenta y uno nació Arturo (por cierto, le voy a pedir a Dani, mi hijo, que consiga de la hemeroteca

de un amigo suyo un periódico de aquel día para ver qué otro acontecimiento importante sucedió en el mundo).

A lo que iba. Estaba reunida una mañana con la regidora de Cultura del ayuntamiento de una población cercana a Barcelona, buscándole fecha a una charla que iba a dar sobre violencia doméstica. En éstas, después de pasar un buen rato estudiando su nutrida agenda, la regidora, a punto de gritar eureka, anunció:

—¡El veinticinco de noviembre!

Yo debí de poner cara de gilipollas porque la señora, muy seria, enarcó las cejas, y me vi obligada a explicar:

—Es que es Santa Catalina.

—¡Ah! —y sin desmontarse, añadió—: lo he escogido porque en esta fecha se celebra el Día Internacional de la Violencia de Género (dijo género).

¡Anda la osa! Coincidencias... El día del cumpleaños del Sr. Académico, todas las asociaciones femenino-feministas de España le refregarán la palabreja por las narices, a modo de celebración. Yo me agarraba el velero y me largaba a las Columbretes, oigan. Por cierto, mi hermana pequeña se llama Catalina.

III

Hoy me he levantado con la primavera. Mi humor se acopla al sol que luce hermoso y a la brisa que se cuele por la ventana del estudio transportando aromas del cercano mar.

Llevo días urdiendo el plan que esta mañana pondré en práctica. El espejo me devuelve mi mejor imagen, realzada por el brillo de los ojos y la sonrisa esperanzada de los labios.

Hoy le veré. Por primera vez. Hoy estaré cerca de él y respiraremos el mismo aire. Descubriré sus gestos, sus movimientos, sus expresiones, sus miradas. Hoy oiré su voz. Por primera vez.

Salgo a la calle. Barcelona, en abril, está guapa y alegre. Como yo. Adoro mi ciudad y ella me responde poniéndose de mi parte: sin ningún contratiempo llego a la Casa del Libro. Con media hora de antelación, como había previsto. Conozco bien esta librería y sé exactamente desde dónde asistiré, como espectadora, a la presentación de su última novela. Me quedaré arriba, en el pasillo que, protegido por una barandilla, semeja un balcón colgado sobre la sala diáfana de abajo y sobre las hileras de sillas que preside una larga mesa de madera. Él se sentará en el centro y yo estaré dentro de su campo de visión. Aprieto contra mi pecho el libro que acarreo siempre que salgo de casa. Hoy se trata de «La mujer justa», de Sándor Márai.

Me balanceo ora sobre un pie, ora sobre el otro, inquieta. El tiempo no transcurre, las manecillas de mi reloj se mueven con una pereza exasperante. Mientras, un público curioso invade la Casa del Libro y va ocupando asientos y metros cuadrados. Defiendo mi puesto en primera fila y adivino que mis suprarrenales están enviando chorros de adrenalina al torrente sanguíneo porque siento palpitaciones y tengo la boca como un estropajo. Un murmullo se propaga desde la entrada hasta mis oídos. Aunque no ha pisado aún la sala, todos sabemos que ya está aquí.

Él. El hombre soñado ha traspasado mis fantasías y ha tomado cuerpo. He clavado los ojos en esta aparición, suspendida a sus gestos y a su sonrisa. Camina erguido, con el aplomo del que tiene conciencia de su valía. Se sienta, alguien presenta al escritor, él toma la palabra y da comienzo la charla. Yo permanezco extasiada y soy sólo una prolongación de mis sentidos. La vista para observarle y decirme que es exactamente cómo lo había imaginado: un hombre que ha vivido mucho. El oído para escuchar embelesada su voz: pausada, de tono grave y elocución firme, aunque se me mezclen las

palabras y mi capacidad comprensora quede temporalmente anulada. El olfato para intentar que hasta mí llegue su olor. Quisiera ser el protagonista de «El Perfume», o, al menos, disponer de su pituitaria. Da igual, incluso en medio de la multitud llegan hasta mí sus efluvios viriles, de macho.

La presentación llega a su fin y, mientras algunas personas abandonan el local, la mayoría se sitúa en la cola de las firmas. Yo no me he movido. Nunca tuve la intención de acercarme a él así, con su última novela entre las manos. Me parece una vulgaridad. Además, tengo mejores planes. A mis labios asoma una sonrisa confiada.

Entonces ocurre. Él levanta los ojos de la mesa y nuestras miradas se cruzan en un punto equidistante del espacio. En mi interior se produce algo semejante a una sacudida eléctrica que me oprime la garganta. Me he quedado sin respiración. Le sostengo la mirada y me digo que seguramente se está preguntando por qué no estoy abajo, en la cola, como todo el mundo. Eso ya lo había previsto. Para llamar su atención lo único que debía hacer era ser diferente de los demás.

El acto ha terminado y el escritor es el centro de una nube de gente. Yo sigo en pie, esperando. Ya sólo quedan dos personas conversando con él. Levanta la cabeza y vuelve a mirar, curioso e inquisitivo. Con un gesto le indico que le espero fuera.

Es casi la hora de almorzar y el Paseo de Gracia está muy concurrido. Permanezco de pie a escasos metros de la puerta de la librería. Pasan una veintena de minutos y su silueta se recorta al fin en el umbral, flanqueada por los dos de antes, que no se deciden a soltarle. Entonces él se disculpa ante ellos y se me acerca. Yo tiemblo de pies a cabeza.

—¿Querías algo? —pregunta—, y yo sé que es mi única oportunidad.

—Sí. Líbrate de ellos y vente conmigo. Sólo unas horas — propongo a quemarropa, y casi no reconozco mi voz, insinuante y atrevida.

—¿Por qué debería hacer eso? —él parece divertido.

—Porque soy una compañía mucho más interesante que ellos, por ejemplo. Porque quiero conocerte y pasar un rato a solas contigo — uso la entonación más persuasiva de mi registro—. Te invito a comer. Tengo un sitio donde no nos van a molestar. Está aquí mismo.

—¿Me das media hora? —yo asiento con la cabeza—. Espérame aquí.

—No importa lo que tardes —señalo el libro—. Lo estoy empezando.

Suspiro, me cargo de paciencia, me siento en un banco frente a la puerta y abro la novela. *Fíjate en ese hombre. Espera, no mires ahora, gírate hacia mí, sigamos charlando. Si mirase hacia aquí podría verme y no quiero que me salude... Ahora sí, ya puedes mirar. ¿Ese bajito y rollizo del abrigo con cuello de garduña? No, qué dices. Es el alto y pálido, el del abrigo negro...* Leo veinte veces este fragmento sin encontrarle sentido alguno. Las letras de las palabras bailan ante mis ojos una danza loca. De repente, tengo miedo. Una gota de sudor me resbala entre los omóplatos. ¿Qué estoy haciendo? No debía de estar en mis cabales cuando alquilé por unas horas un hermoso piso antiguo donde nos esperan la mesa, vestida con un mantel de hilo blanco bordado en rosa en Lagartera, las copas de colores de cristal de Bohemia, la cubitera refrescando el vino de Alsacia, y un almuerzo a base de marisco y pescado. ¿Y si no es de su agrado? ¿Y si se niega a dejarse raptar por una desconocida? ¿Y si aparece ahora, se excusa y se va? ¿Y si me deja plantada aquí en la puerta? ¿Y si...?

—Siento haberte hecho esperar —me levanto de golpe sobre unas piernas que se han vuelto de algodón—. ¿A dónde me llevas? —farfullo una respuesta y con un hilo de voz le indico que me siga.

Pero cuando acopla su paso al mío, recupero mi aplomo de siempre. La confianza ha vuelto a mí; me he tranquilizado. Todo marcha bien.

Sin cruzar una palabra llegamos al portal de un edificio de principios del siglo veinte. Es una finca regia, señorial. En la planta baja nos da la bienvenida la mujer que he contratado para servirnos la comida. En el aire se mezclan olores a maderas nobles, a flores y a mar.

Él me sigue por el largo pasillo, y sus pasos, amortiguados por la alfombra, suenan deliciosamente a mis oídos. Se detiene ante el gran ventanal del comedor, abierto a Pau Claris, echa un vistazo al exterior, se gira y me observa servir el vino.

—¿Vives aquí?

—No. ¿Te gusta el Riesling?

—Sí, aunque hace años que no lo pruebo.

En la mini cadena suena, de fondo, la Sinfonía del Nuevo Mundo. Brindamos. Las copas se acercan, se tocan, se separan. Sus labios abrazan la suya sin dejar de mirarme y sé que va a hacerme una pregunta que no me apetece contestar.

—¿Quieres algo de mí?

—Todo —respondo con desvergüenza—, pero hoy me conformaré con un poco de tu tiempo. ¿Nos sentamos? —le indico el sitio que he elegido para él y dejo que la mujer que esperaba pacientemente junto a la puerta nos sirva.

La conversación, fácil y trivial, nos mantiene ocupados mientras comemos. Literatura, Barcelona, viajes. El vino, buen aliado, relaja nuestras lenguas. Al poco rato, me encuentro muy cómoda, y le confieso, riendo:

—¿Sabes? Estoy muy satisfecha de mí. Tantos meses soñando en conocerte y ya ves, lo he conseguido al primer intento. Eso me recuerda una frase que El Cid, en la obra de Corneille, le escupe a la cara al Conde, padre de Doña Jimena, cuando se encara con él para defender el honor del suyo propio. Don Rodrigo, indignado, le suelta:

*Mes pareils à deux fois ne se font point connaître,
Et pour leurs coups d'essai veulent des coups de maître.*

El Cid le deja claro al Conde que él es de los que triunfan a la primera y con estas palabras uno ya intuye que se lo va a cargar. Aunque no sé por qué te explico su significado. En un artículo ponías textualmente que hablas un francés de puta madre.

—Cierto. Y si me lo permites te diré que Corneille inventó un Cid Campeador bastante alejado de la realidad de su época, muy afrancesado. Y no veo en absoluto a Doña Jimena Díaz haciendo aspavientos y clamando justicia al Rey de Castilla.

—Bueno, Corneille no era español.

Callamos. El sol ha empezado a declinar y cuando el servicio del café está sobre la mesa, me excuso un momento y me acerco a la cocina para pedirle a la mujer que nos deje solos. Sé que, muy pronto, él va a desaparecer de este piso y de mi vida y quiero acaparar el tiempo, dilatarlo. Quiero sentarme frente a él y conservar su imagen en la retina para cuando ya no pueda verle. Un poco más, por favor, ruego a no sé quién. Vuelvo a mi sitio. La pasión que siento por este hombre se está desbordando por mis ojos, por mis gestos. Las mejillas me arden, toda yo ardo y, lo que es peor, me doy cuenta de que él lee en mí como en un libro abierto.

Se levanta, rodea la mesa, se acerca, me tiende una mano. Me levanto, me acerco, me pego a su cuerpo. Sus brazos envolventes me mantienen prisionera y comienza a besarme largamente. Pierdo la noción de espacio y de tiempo, el suelo huye bajo mis pies. Él sigue, no para, cambia de ritmo y de intensidad, primero despacio y suave y luego con tanto ardor que...

—Basta. Basta, por favor, voy a desmayarme —murmura Scarlett, intentando débilmente apartar los labios.

—Quiero que te desmayes. Yo haré que te desmayes. Ningún hombre te ha besado así, ni tu precioso Charles, ni tu precioso Frank ni tu estúpido Ashley. —responde Rett Butler, apretándome aún más contra su pecho en una de sus apariciones, allá por la página 594 de «Lo que el viento se llevó».

Como todas las jovencitas de la época, tuve durante unos años «Autant en emporte le vent» sobre mi mesita de noche; en francés, claro, como casi todos los libros que devoré hasta que empecé medicina. No sé si les he comentado que soy hija de padre francés (de Grenoble) y de madre catalana (de Barcelona). Curiosamente, en casa se ha hablado siempre más el catalán, aunque mis padres entre ellos hablaban en castellano o en francés. O sea que, desde que nací, soy trilingüe. Me han contado que una vez, de pequeña, estando los cinco en un restaurante de Francia charlando como siempre en una especie de *pot-pourri*, los señores de la mesa de al lado preguntaron a mis padres si podían decirles cuál era la lengua tan rara con que nos comunicábamos. Sin embargo, muy pronto cada una ocupó su lugar en el cerebro, aunque lo cierto es que incluso hoy el conocimiento de las tres nos permite ser mucho más específicos. Para algunas cosas usamos la palabra o la expresión de tal o cual idioma porque le va mejor a lo que queremos decir, porque le da el matiz exacto.

Bien. Ahora voy a explicarles por qué me decidí a escribir este libro. Llevaba varios meses torturada por un insomnio pertinaz cuando tomé una sabia decisión: vomitarlo todo sobre un papel — actualizado, sería sobre un teclado, aunque a mí me encanta llenar de garabatos las hojas blancas, y si es con una Montblanc, como él, aún más—. Cuando escribimos tratamos de arrojarlo todo, hasta la última gota, para así alcanzar la liberación. Luego, con el obligado releer y corregir, la carga se va haciendo más llevadera. Se traspasa el fardo a los personajes y uno se va convirtiendo en el observador más que en el afectado, lo cual permite ver el asunto desde otro ángulo y conferirle incluso un toque de humor. O sea que aún me quedan unos cuantos folios para poder reírme de lo cateta que soy por mi enamoramiento virtual.

Cada libro se crea por un motivo diferente. Me refería antes al que es necesario para la estabilidad de uno, al que nos aclara dudas,

al que nos centra. Hay otro tipo no menos importante para nuestra salud mental: aquel que nos divierte escribir, aquel con el que nos lo pasamos francamente bien barajando personajes y espacios e inventando situaciones. Supongo que hay muchos más tipos, pero soy una escritora novel y aún no los he descubierto.

De pequeña, me sentía extraña en mi familia, quizá porque era una niña solitaria. Vivía más a gusto en el mundo de los cuentos que en la vida real, que se me antojaba bastante insulsa. En mis ansias de no ser molestada, creé un alfabeto «sólo para mis ojos» y con él apuntaba recordatorios en mi agenda y redactaba las pequeñas historias que se me ocurrían. A través de la escritura intentaba comprender mis circunstancias y aclarar mi confusión. Visto con la distancia, fui un personaje asquerosamente rebelde, que dio muchos quebraderos de cabeza a sus padres. Elsa, que tiene cuatro nietos, opina que soy una hija incómoda. Yo me comparo a la china ésta que se nos mete en el zapato, de la que no podemos desembarazarnos aunque ande todo el día tocándonos las narices. Así debió de sentirse mi familia conmigo durante muchos años, de hecho hasta que, con la mayoría de edad, que en el Jurásico de los setenta era a los veintiún años, me emancipé, concretamente en cuarto de medicina y sin el visto bueno de mis progenitores. Sin embargo, a partir de aquel momento, empezó a gustarme horrores la aventura de vivir y aún hoy me levanto cada día con cosquillas en la boca del estómago, emocionada por la cantidad de cosas maravillosas con que la nueva mañana me va a obsequiar.

Bueno, como dicen los franceses: «Revenons a nos moutons», es decir: a lo que íbamos, o sea al insomnio que me producía mi enamoramiento virtual de Arturo, a causa de mis fantasías con él y de mi indecisión respecto a cómo hacérselo saber. Anduve un tiempo consultando a mis amigos que, curiosamente, salvo alguna excepción, consideraron que seguro, seguro, que yo llegaría a

contactar con el famoso escritor. Pero yo tenía dos cortos textos acabados a punto de enviar, mi página web —que serviría de firma— sin errores, y unas dudas que me estaban matando. Parecía que andaba esperando una señal del cielo que, por algún motivo importante que no acertaba a ver, se demoraba. Y me acordé de Jenofonte. En la Anabase, cuando él mismo parte de campaña y descubre que ha sido engañado, tiene un sueño: un relámpago cae sobre la casa de su padre y la envuelve en llamas. Aterrado, Jenofonte se despierta y analiza lo ocurrido. Por un lado, el sueño le es favorable porque en medio del peligro cree ver una luz que proviene de Zeus. Pero el fuego forma un círculo, lo cual, traducido, significa que no podrá salir del país y que estará rodeado de obstáculos. Y Jenofonte, en lugar de intentar conciliar de nuevo el sueño, reúne a la tropa, la anima y la incita a mantener su dignidad y su valentía. Es más, organiza una estrategia.

Parece que, en sueños, Jenofonte ha consultado a los dioses, como yo a mis amigos. Pero ha despertado y ha prescindido bastante de ellos. Y es que al final, somos nosotros quienes debemos tomar las riendas de nuestros asuntos.

Es posible que ustedes no vean la relación de Jenofonte conmigo, pero yo sí se la encuentro. Quizá porque sé que Arturo tradujo la Anabase. Yo lo hice en algún curso del bachillerato, y si hay quien opina que las lenguas muertas no sirven para nada, aludiré en su defensa que en los inicios de la carrera, el léxico médico que tanto les costaba a mis compañeros memorizar, tuvo pocos secretos para mí y que me lo aprendí en seguida.

Finalmente me decido a mandar el dichoso e-mail mientras me digo que no pierdo nada, que el no ya lo tengo. El librero de Maite no pudo ayudarme como tampoco la chica amabilísima que me atendió cuando telefoneé a la editorial. Y yo no creo en la suerte. Por cierto, ahora resulta que también el trébol de cuatro hojas está en peligro

de extinción; lo leí hace unos días. O sea que lo de la suerte, ya ven, cada vez está peor.

Me encanta aquella frase de Napoleón Bonaparte que dice: *Dieu est du côté du bataillon le plus fort*, o cuando La Fontaine, en una de sus fábulas, concluye: *Aide-toi, le ciel t'aidera*. Ambos se refieren a lo mismo: sólo con tu empeño conseguirás lo que te propones; no esperes que nada te caiga del cielo porque nada es gratis; de lo tuyo ocúpate tú. Mi madre me repetía un dicho cuando yo era pequeña; en catalán: *Si vols estar ben servit, fes-te tu mateix el llit* (si quieres estar bien servido, hazte tú mismo la cama).

Bueno, ha quedado claro que no creo en la suerte. Vale que algún día puede sonar la flauta, pero nunca como norma. Sin embargo confío mucho en mi voluntad. Y en mi tozudez. Soy de las que opina que la gotita de agua diaria obra milagros. Eso es, la disciplina. He hecho mucho ballet clásico, arte que requiere asiduidad y un trabajo minucioso. La danza me ha enseñado a buscar la perfección. Bueno, la danza y mi madre, una de cuyas frases predilectas era: *Sólo existe una manera de hacer las cosas: hacerlas bien; las otras no valen*.

Tras este inciso, sigo. Necesitaba un plan alternativo por si el e-mail que le enviaba a Arturo quedaba sin respuesta. El plan era escribir un libro, en principio sólo para él, porque desconocía lo que uno puede publicar sobre un personaje público y yo quería salir bien parada en términos legales. Hablé con Elisabet, mi abogado, y le expliqué toda la movida. Nos conocemos de hace años porque en una época precisé con frecuencia su ayuda para salir de un embrollo en el que me metí a raíz de una relación sentimental que estuvo a punto de arruinar mi vida.

Elisabet me envió la Ley Orgánica de Protección de Datos de Carácter Personal y me la leí por encima. En el artículo seis pone algo sobre que se requiere el consentimiento del afectado. Entonces me dije que lo mejor sería escribir primero el libro y mostrárselo a Arturo una vez terminado y corregido. Que él decidiera. Si la

respuesta era que sí, o sea que lo podía publicar, perfecto. Si era que no, tendría que pensar de qué manera darle salida esquivando problemas. ¿Que soy una inconsciente? Por supuesto. Cierta grado de inconsciencia es necesario para correr riesgos en la vida.

Y si al final todo quedaba en agua de borrajas, al menos me habría servido para hacer prácticas.

Porque lo cierto es que estoy aprendiendo mucho y esto siempre es útil. Ya he dicho que me leo los artículos de mi héroe con suma atención. Además subrayo las expresiones que me gustan y busco en el diccionario de la Real Academia (DRAE) las palabras cuyo significado se me escapa. O sea que estoy ampliando mi vocabulario. Para algunos textos, sin embargo, el lenguaje usado queda tan lejos de mi refinada educación que, como los vocablos ni siquiera constan en el DRAE, me pierdo. Fíjense: en un artículo titulado «Un lector indeseable», en el que habla de cierta clase de escoria tuve que buscar *choro* (chorizo), *chaira* (cuchilla que usan los zapateros) y *buchante, golfaray, plas, puchar, y julandra* que no salen en el DRAE. Y no me codeo con algunas expresiones aunque puedo entenderlas: *funciona de cojón de pato, un violeta de gatillo y bragueta fácil, o una pinche narca cabrona*, pero con otras ni me atrevo: *buscarse la vida en las cachas del baldeo*. No crean, me he planteado ir a vivir una temporada al barrio marginal de La Mina a ver si se me pega algo, pero lo he desestimado por peligroso. Y es que una es aventurera pero no temeraria.

Y ahora hablaremos de nombres, concretamente del de Él. Lo escribo con mayúscula no como irreverencia sino para que vean el gran respeto que me infunde. Lo cierto es que a mí el nombre de Arturo me suena raro. En catalán es poco corriente. Claro que yo he estado enamoriscada antes de un Audifax, un Porfirio y un Benoît (en el Liceo Francés). Pero bueno. Me atrevería —vamos, que me atrevo—, a calificar Arturo de nombre pomposo y con un toque prepotente.

Por supuesto, lo relaciono con el rey Arturo, que ha hecho correr ríos de tinta y kilómetros de celuloide.

Parece ser que a mediados del siglo quinto después de Cristo, la parte de Gran Bretaña que hoy conocemos como Inglaterra era una provincia romana. Un muro, construido en la época del emperador hispano Adriano, separaba la parte civilizada de los salvajes que poblaban la actual Escocia. Entonces, uno de los generales romanos quiso proclamarse emperador, como solían hacer por aquella época, para lo cual se llevó a todas las guarniciones de Britania, dejando la zona desprotegida. Y los britanos, que eran celtas romanizados, sintiéndose desamparados, contrataron como mercenarios a los piratas sajones que asolaban las costas y que se asentaron en la isla, desplazando a los celtas. Pero hacia el año quinientos, un general britano-romano, llamado Arcturus, llevó a los britanos a la victoria en la batalla de Mount Badon que se libró al parecer en el norte del actual País de Gales.

Todo esto me lo recordaba mi amigo Joan —en català, sisplau—, que ha vivido en el Reino Unido y es muy ducho en historia, después de una de las comida de restaurante que hacemos cuando vamos a trepar como las cabras en sesiones que denominamos matinales, ésta en el Montseny. Lo cierto es que no recordaba el nombre de la batalla y que me lo envió más tarde en un sms para que yo pudiera fardar de conocimientos.

Quiero aclarar que mi analfabetismo histórico —a pesar de haber intentado en varias ocasiones tragarme la Historia de España de Pierre Vilar—, se debe a dos cosas. La primera es una pésima memoria que suele jugarme malas pasadas y que no sé de qué birrioso antepasado habré heredado. La segunda es que en el Liceo Francés pasé todo el bachillerato estudiando sólo historia de Francia (maldito chauvinismo). Cuando en *première* (sexto), decidí que ya estaba harta de esta escuela y que quería adelantar un curso y empezar medicina de una vez, me matriculé a los exámenes libres del último año del Preu y me pasé el verano estudiando para pasarlos

en septiembre. No me costó mucho, pues el nivel del Liceo Francés era muy alto, sobre todo en latín y griego, asignaturas que se empezaban a dar antes que en los institutos españoles. Pero la historia, ay, la historia. Era la de España y yo iba de un pez..., además no me apetecía nada empollarme el tocho que un amigo de Arenys de Mar me prestó. Total, que el chico, que andaba loquito por mí, me propuso pasar el susodicho tocho a chuleta, no a cualquier chuleta cutre sino a unas maravillosas chuletas de rodillo, hechas con papel vegetal, que se colocaban bajo la mano y se deslizaban suavemente con un pequeño golpe de muñeca. Él pasó parte del verano haciéndolas y yo llegué a confiar tanto en ellas que no abrí el libro para nada. Saqué sobresaliente.

Regresando otra vez a los nombres —es que me voy que da gusto, oigan—, el de Arturo no aparece en el santoral católico. Su existencia no se menciona en el martirologio romano ni en las colecciones hagiográficas de los bolandistas. Parece ser que se trata de un mártir irlandés del siglo trece perteneciente a la orden de los padres trinitarios, quemado vivo en Babilonia —baja Mesopotamia— el uno de septiembre de mil doscientos ochenta y dos. Ahora entiendo que a Arturo le de tan a menudo por blasfemar en arameo. Se le pegaría de su santo que así bramaba mientras lo chamuscaban. Y precisamente en el día de su santo de este año dos mil seis va a recibir un espléndido regalo con el estreno en los cines de toda España de la película «Alatriste».

Mi nombre, como saben, viene del latín: verso, poema; y mi virgen, considerada Stella Maris, es la estrella que guía a los navegantes. Recuerdo que, de pequeña, teníamos casa en Arenys de Mar, patria chica de Salvador Espriu, y que el dieciséis de julio, día de mi santo, salían todos los *bous* (barcas de pesca) del puerto y navegaban engalanados en honor a su patrona. En aquella época, éramos amigos de un pescador llamado Montserrat, que cada año en esa fecha, nos sacaba a pasear en su *bou*. Y los veranos, a las cinco de la tarde, en cuanto oíamos las sirenas, mis hermanas y yo

corríamos al puerto para observar cómo atracaban los barcos, cómo seleccionaban el pescado y cómo lo colocaban en cajas para su posterior venta en «la crida». Desde entonces no me pierdo jamás la visita de los puertos de cualquier parte del globo, y los mercados, especialmente los de pescado, llaman poderosamente mi atención.

Hace poco estuve en Israel y subí al Monte Carmelo a visitar la iglesia de los carmelitas e incluso me compré un escapulario de la Virgen que he colgado en el cabezal de la cama.

Yo, en realidad, tengo un nombre compuesto: Carmen-Nicole. Mis padres quisieron que la primogénita tuviera representados en su nombre ambos países. El de Carmen es también conocido en Francia gracias a Merimée y a Bizet. Yo sólo uso el de Nicole cuando quiero pegarme un farde simulando ser francesa. Durante doce años, mi compañera de trabajo Mari, oriunda de Dos Hermanas, andaluza saladísima, se entestó en llamarme Nicolasa.

Bertrán es el apellido de la familia de mi madre. En godo significa cuervo ilustre. Viene de la mitología germánica, del cuervo que el dios Odín llevaba sobre el hombro y que le asesoraba.

Mi apellido paterno tiene más miga. En francés antiguo «la fay» es un bosque de hayas y se pronuncia lafé, aunque yo en todas partes digo: Lafay, l, a, f, a, y. A veces ni así consigo que me lo escriban correctamente. En francés moderno, «la fée» es «el hada». Ahora entienden que entre versos y hadas yo sea un poco fantasiosa, ¿verdad?

Lo anteriormente expuesto hace referencia a mi apellido en gabacho. Pero, años atrás, cuando lo mentaba en España a algún abuelo local, se exclamaba. ¿La FAI? ¡Vaya! Como la Federación Anarquista Ibérica. Y yo forzaba una sonrisa, harta de oír siempre la misma cantinela. Con el tiempo me olvidé de la FAI, hasta que mi hijo Dani, que ya mostraba ciertas tendencias, precisó de una inyección y le clavé la aguja en el centro de la A de anarquista que se había hecho tatuar en el culo.

IV

Había decidido que aquel sería un viaje tranquilo, de placer, una apetitosa combinación de paisaje y escritura. Por este motivo había solicitado un permiso sin sueldo de tres meses, noventa largos días que estrenaba desplazándome de Moscú a Vladivostok. O quizá no. También podía apearme antes, en Ulan Ude, en la ribera este del lago Baikal, y esperar el Transmongoliano. Ya se vería.

Un martes, casi a medianoche, me subí al tren en la mítica estación de Yaroslavsky. Por un momento imaginé los andenes rebosando gente durante la concurrida manifestación que tuvo lugar a principios del siglo pasado, la vigilia del día en que Trotski, condenado a la deportación a Alma Alta, embarcó en un tren parecido.

El convoy cruzó las vastas extensiones de Siberia —la tierra dormida—, taiga interminable, con densos bosques de abedules plateados, a la que asomaban de vez en cuando aldeas con casitas de madera. Yo pasaba horas mirando por la ventana, dormitando y llenando satinadas hojas blancas con una letra irregular, acorde con las sacudidas del tren. Escribía entonces una novela de misterio, en la que daba vida a trece personajes, por lo que andaba demasiado ocupada como para prestar algo más que una discreta atención a los pasajeros que se me acercaban en busca de compañía.

Así recorrimos mil quinientos kilómetros. El Transiberiano se detuvo durante veinticinco minutos en Ekaterimburgo, en medio de los sinuosos Urales, lugar donde fue asesinado el Zar Nicolás II. Bajé al andén a estirar las piernas y el tedio que me envolvía se transformó en una actividad febril. Como en un mercado, unas mujeres con batín corto de dormir compraban en los tenderetes de comida y bebida, y los turistas como yo se aprovisionaban para el siguiente tramo y chocaban sin querer con alguno de los pasajeros que arrastraban su equipaje... Ruido. Olores.

Sin embargo, el barullo de la estación no consiguió hacerme olvidar que no tenía ni la más remota idea de cómo iba mi protagonista a asesinar a su marido. Llevaba días dándole vueltas, buscando una forma de muerte original. Tenía que ser dentro del agua, aprovechando que el hombre practicaba inmersión en solitario. En medio del tumulto, desmonté y ensamblé por enésima vez las piezas del equipo de submarinismo buscando alguna fisura en su perfección. Entonces le vi.

Un caucásico espigado de unos cincuenta años caminaba convencido hacia mí sin que le importunara la multitud. El petate que colgaba de su hombro parecía vacío por la soltura con que lo cargaba. Era él, no me cabía la menor duda, el hombre que había entrado en mi vida de ficción meses atrás, el hombre con quien soñaba siempre que me escapaba de la realidad. En aquel momento me pareció la encarnación de algún hermoso dios del Olimpo. Le seguí con ojos como agujijones hasta que se subió al tren, a uno de los vagones de primera clase. Entonces me puse a pensar frenéticamente.

Por supuesto, no iba a acercarme a él como lo haría cualquiera. ¿No es usted el famoso A.P.R. He leído todos sus libros y es que me encantan, oiga. Soy una gran admiradora suya, etc. Ni hablar. Debía envolverme en misterio para llamar su atención. Sería francesa y no le conocería de nada. ¿Escritora? No, demasiado peligroso. Era mejor moverse en terreno seguro. Médico radiólogo estaba bien. Al menos no metería la pata. Pero me vería escribir. Pues nada, estaría preparando una conferencia sobre los patrones radiológicos del cáncer de mama. También podía ser un capítulo para un nuevo libro sobre diagnóstico por la imagen. Bien pensado, ambos pertenecíamos —él en pasado—, al mundo de la fotografía. Podría sacarle provecho como tema de conversación. Pero antes debería pasearme por el tren y ver cuál era su compartimiento. ¿Viajaba solo? Importante pregunta. Si iba acompañado de alguna fémica, mi plan se iría al garete. Además yo no podría soportarlo. Bueno, pues

me bajaría en la siguiente estación. No quería sufrir. ¿Qué estaría haciendo mi chico en un lugar tan apartado? De La Navata a Siberia había un buen trecho. Y un viaje de placer me parecía una posibilidad remota. Con la vida que había llevado, siempre trajinando de un lado a otro, no creía que aún sintiera estas curiosidades. Probablemente buscaba el ambiente adecuado para su próxima novela: embeberse de paisajes desolados, charlar con los nativos entre vasos de vodka... Tendría que volverme asidua del bar-restaurante —cuando uno busca a un español, seguro que lo pilla en algún bar.

Sonó el silbato y el convoy de casi quinientos metros de largo abandonó lentamente la estación. Decidí empezar mis investigaciones en seguida y por primera vez en mucho tiempo me olvidé de mi asesinato. Me adentré en el vagón de al lado, merodeé por el pasillo, escudriñé los compartimentos y esperé a que se vaciaran los servicios ocupados. La búsqueda resultó infructuosa y retorné a mi sitio con el desaliento del pescador que pierde la pieza cuando ya casi la tiene en el bote.

Una joven en avanzado estado de gestación había tomado asiento frente a mí. Eché una rápida ojeada a su barriga calibrando profesionalmente la inminencia del parto. Ella sonrió y me aclaró, en un elegante inglés británico, que salía de cuentas dentro de una semana. Abrí la boca para advertirle que el traqueteo del tren no era recomendable en su estado, pero ella se me adelantó, asegurándome que el embarazo de sus otros dos hijos se había alargado más de lo necesario. Estábamos solas. Nuestro compartimiento era de cuatro literas, pero dos de ellas habían quedado libres en Ekaterimburgo y no se habían ocupado de nuevo.

Liza y yo nos pusimos a charlar. Comentamos lo curioso que resultaba que en todo el Transiberiano los relojes marcaran la hora de Moscú, cuando sabíamos que iba a atravesar siete husos horarios. Hablamos de su vida en Bristol y de la mía en Barcelona. Me explicó que vivía en Omsk y que había estado en Moscú en la boda de un

familiar. Hablamos de tantos temas que consiguió que yo dejara de pensar. Sin embargo, antes de acostarme me di un largo paseo. Mi hombre se había esfumado.

Por la noche, tuve que levantarme para ir al servicio. Arrastraba el aspecto desaliñado que produce el sueño y caminaba con los ojos medio cerrados y los brazos extendidos hacia delante. En el rellano entre vagones, me topé de bruces con él. Un señor de aspecto cuidado y rasgos orientales, armado con una botella de vodka, le servía un trago a Arturo en un vaso de plástico. Ambos se reían a carcajada limpia y yo me quedé unos segundos inmóvil, en medio de la puerta de paso, dudando entre avanzar o retroceder. El problema es que nunca me han gustado los imprevistos. Me producen una gran desazón. Además mi aspecto no era como para conquistar a nadie. Iba a poner los pies en polvorosa cuando él se percató de mi presencia y se hizo a un lado.

—Puedes pasar —soltó en castellano, y se giró de nuevo, sin prestarme la menor atención.

—Mm —repuse con los ojos bajos, y entré en el servicio—. Mierda, mierda, mierda. Hostia. Joder. Cojones. Tu puta madre — todos los tacos de mi repertorio—. Te vas a enterar, tío. Mañana... — pero tenía que volver a salir. No podía pasarme la noche encerrada en aquel reducto. Me lo pensé una vez, dos veces, seguía con dudas...

Elegí abrir la puerta y asomarme. El rellano estaba vacío. La sensación de alivio fue de tal magnitud que tuve que agarrarme al lavabo porque me dio vértigo.

Amanecí de muy buen humor, repleta de energía. Me vestí con las prendas más favorecedoras de mi escaso vestuario, me peiné con esmero y me maquillé los ojos. Pasé parte del día caminando por el tren cargada con «À la recherche du temps perdu», los siete volúmenes en uno, la pesada esencia de Proust a cuestas. Era imposible no fijarse en él. Antes de partir había decidido que aquella sería mi única lectura y pensaba que en tres meses podía, si no

terminarlo, al menos avanzar bastante. Entré varias veces en el concurrido restaurante, una de ellas para almorzar la típica sopa y los fideos. Un fracaso.

Nos dirigíamos a Omsk y el tren se detuvo como solía hacer a intervalos regulares para cambiar las locomotoras o bombear agua fresca por medio de mangueras. Me asomé al exterior, como todos. Nada. Decepcionada, me propuse regresar al compartimiento y darle caza por la noche.

Liza estaba hojeando una revista. La encontré pálida y se lo dije. Respondió que se debía a un leve malestar pero que ya se sentía mejor. Me quedé profundamente dormida y cuando abrí los ojos era noche cerrada. Consulté el reloj: las tres. Hallé a mi compañera sudorosa y sosteniéndose la barriga con ambas manos.

—What's the matter, Liza? —empecé a preocuparme.

Respondió que parecía que le venían contracciones, pero que era imposible, que el obstetra le había asegurado que le faltaban quince días para que naciera el bebé. Me pidió que le trajera un té. Salí con prisas para obtener agua hirviendo del samovar, pensando que si parecían contracciones probablemente lo fueran y, entre la puerta y el pasillo, choqué con alguien que se echó encima el contenido del vaso que llevaba en la mano. Él.

—Oh! Excusez-moi —recordé en seguida que yo debía ser francesa.

—Ça ne fait rien —respondió amablemente y puso en mis manos el plástico vacío para secarse con el pañuelo que le tendí.

Yo estaba consternada. En éstas, Liza se levantó de un salto, doblada por el dolor, e intentó dar unos pasos. Se tambaleó y parecía que iba a caerse. Arturo y yo nos abalanzamos para sostenerla mientras se iba formando un charco a sus pies. Había roto aguas y yo le expliqué a él en francés que la chica había empezado el trabajo del parto. Él pareció pensárselo unos segundos y propuso avisar por si había algún médico en el tren. Repuse que yo era médico y que podía atenderla porque había hecho prácticas en una maternidad al final

de la carrera. Le pedí que, por favor, me consiguiera unas tijeras, un cubo o un balde, cordel o similar y toallas o sábanas. Y que se diera prisa. Él se fue sin rechistar, y yo me fijé en su semblante serio y me pregunté si aquella sería su primera experiencia de esta índole. Eché un vistazo alrededor: nadie en el pasillo, ni en los rellanos del vagón. El tren dormía.

Me dispuse a preparar el escenario del alumbramiento que, por ser el tercero de ella, no se demoraría más allá de unas dos horas. Le pedí a Liza que me avisara de cada una de sus contracciones y que calculara el intervalo entre ellas. Coloqué todas las bolsas de plástico que pude encontrar, desgarradas y extendidas sobre una litera y las tapé con nuestras cuatro sábanas. Un parto es algo muy sucio y no deseaba arruinar la tapicería. Pensé que yo estaría incómoda sentada con la columna vertebral torcida pero tuve que conformarme porque la otra alternativa era peor. Liza no iba a parir tumbada en el suelo. Le pregunté por la última ecografía y me dijo que había sido normal, que el bebé se presentaba con la cabeza por delante, lo cual confirmé explorándole la barriga. Luego la acompañé al baño. Al regresar revolví mi equipaje en busca de los guantes de látex que viajan siempre conmigo y saqué dos pares pensando que no eran de la talla de Arturo.

Éste asomó por la puerta con todos los encargos que le había hecho. Además había buscado infructuosamente algún miembro de la tripulación. Dedujimos que andarían vodka va, vodka viene, y lo echamos a broma. Estábamos los tres sentados en el compartimiento, esperando. Me presenté como Nicole, se presentó como Arturo y charlamos del viaje, en una conversación intrascendente pero amena, mientras yo sentía cómo me estaba derriendiendo. Le tenía tan cerca. Con sólo alargar la mano podía acariciar su rostro.

Por entonces Liza tenía las contracciones una detrás de otra y yo tuve que explicar a Arturo lo que esperaba de él. Y llegó el momento. A las cuatro y media de la madrugada y a menos de una hora de

Omsk, la mujer se tumbó en la litera y se abrió de piernas. Yo masajeara suavemente el orificio vaginal que se iba dilatando y la animaba a empujar un poco cada vez que aparecía el dolor. Arturo prestaba su brazo a Liza para que lo presionara y lo arañara y le mantenía los muslos separados a pesar del traqueteo del tren. Los dos estábamos pendientes del más ínfimo deseo de la parturienta: agua, cambio de posición, un poco de aire... Yo le miraba a él de reojo, orgullosa de que no se mareara como tantos hombres en circunstancias similares.

Y apareció por fin la cabeza del bebé que Liza expulsó con un grito victorioso. Y cuando me encontré con una niña ensangrentada y resbalosa entre las manos, pedí a Arturo que me acercara una toalla, la envolví con ella y se la tendí. Él se arrodilló a mi lado, la cogió como si se tratara de una frágil porcelana china y se la quedó mirando, embobado. Y a mí me pareció tan entrañable con el bebé en brazos que se me saltaban las lágrimas y me costaba concentrarme en la tarea de ligar el cordón umbilical por dos puntos y cortarlo por en medio. Recordé que Rudolf Nurejev también nació en un tren que cruzaba Siberia, y me emocioné aún más. Un rato más tarde Liza echó la placenta y reclamó su hija. Arturo se la puso con delicadeza en el regazo y los tres sonreímos.

—Felicidades —le dije a él en castellano. Lo has hecho muy bien.

—¿Pero tú no eras francesa, Nicole?

—Bueno, en realidad me llamo Carmen. Si te portas bien a lo mejor te explico por qué he cambiado de identidad. Ahora ayúdame a limpiar todo esto.

Y nos dispusimos a recoger. En éstas se presentó un hombre uniformado que se quedó de piedra al ver a la recién nacida. Arturo solicitó que tuvieran preparada una ambulancia para cuando Liza desembarcara en Omsk. Diez minutos después el tren entraba silbando en la estación.

Nos quedamos solos los dos en la plataforma del vagón. Le habíamos dado un beso a la madre y a su hija, nos habíamos mofado

de nosotros al vernos las pintas, con el pelo y la ropa manchados de sangre, y nos habíamos lavado las manos allí mismo, en el lavabo del retrete. Asistir aquel parto nos había acercado y no me resignaba a separarme de él. Le confesé que estaba muerta de hambre y entonces él hizo una propuesta inesperada.

—Te dejo que te asees y te espero en mi compartimiento. ¿Qué tal un buen desayuno allí? —sus ojos se posaron en mí y me pareció que me retaban—. Recuerdas que me debes una explicación, ¿no?

No sé qué palabras farfullé pero logré hacerle entender que estaría lista en media hora. Me lavé, me peiné y me pinté cuidadosamente las pestañas, a la vez que temblaba de emoción. Veintinueve minutos y cincuenta y nueve segundos más tarde me disponía a encontrarme con mi ídolo. Llamé a su puerta, él gritó ¡pasa! y entré. El espacio era grande, de estilo europeo. Olía a café y a tostadas. Él estaba de espaldas a mí, pegado a la ventana, en estado contemplativo.

Se dio la vuelta lentamente, escrutó mi cuerpo bajo la ropa y, con una mirada que me pareció concupiscente, dijo:

—¿Sabías que Chejov afirmaba que las aves migratorias son las únicas criaturas que conocen los límites de la taiga?

Alcanzar un sueño nunca ha sido fácil. A todos nos gustaría que los sueños viniesen regalados. Pero si algún día se inventara el sistema para obtenerlos sin esfuerzo, la vida no tendría ningún sentido. Lo maravilloso de los sueños es que los tenemos que buscar y que atraparlos no es fácil. La caza de una ilusión, la que sea, la del momento, es el motor que nos empuja hacia delante.

El seis del seis del dos mil seis (más adelante me enteré de que era un día fatídico) envié el correo electrónico a Arturo, después de un mes de dudas, diciéndome ¡que sea lo que Dios quiera! en versión agnóstica. Además opté por seguir con mi plan alternativo: escribir este libro y dárselo en mano en cualquier lugar que él estuviera,

aunque tuviera que plantarme ante la puerta de su casa. Por aquel entonces, ya había logrado aclarar mis ideas en algunos puntos.

A.P.R., por muy Sr. Escritor, por muy Sr. Académico y por muy Sr. Famoso que sea, es un hombre, o sea de sexo masculino, y yo tengo una idea bastante aproximada de cómo son los de su idem. Por tanto, contactar con él y pasar juntos unas horas no me parece descabellado. Y eso es lo único que me he propuesto. Nada más. Si las metas que uno se pone en la vida son discretas, se alcanzan con relativa facilidad y es mucho menos probable sufrir grandes desengaños.

Otro punto a tener en cuenta es que prefiero esperar unos meses y conocerle cuando el libro esté bastante avanzado porque, aunque parezca imposible, cabe la posibilidad de que él no me guste. Las sensaciones placenteras o molestas que nos producen las personas pueden deberse a cosas tan irrisorias como un gesto, un olor o una expresión del rostro. La inflexión de la voz puede transportarnos o incomodarnos. Un corte de pelo o una indumentaria nos pueden estorbar. Lo cierto es que es pedirle demasiado a un simple mortal que no nos decepcione cuando lo comparamos al dueño de nuestras ensoñaciones. Le pido pues al destino que no se anticipe a mi decisión de esperar a conocerle.

Si me atreviera, si tuviera ocasión y si viniera al caso, le diría a Arturo: «Estoy casi segura de que nunca podrás estar a la altura de mi tú inventado y no sé si deseo verte porque me da pavor desencantarme tanto que no pueda continuar escribiendo. Además, ya lo dicen: la cacería es más dulce que lo cazado».

Otra posibilidad, más problemática si cabe, es que le conozca y me enamore de él en la vida real. Esto sí que sería lo peor de lo peor. La causa bioquímica directa de tal acontecimiento, la llamada borrachera de feniletilamina —neurotransmisor de estructura molecular análoga a la de las anfetaminas— haría estragos en mi psique, sobre todo porque no siempre la pasión amorosa es correspondida. Pero bueno. Ya sabemos que para vivir nuestras

pasiones (y todo lo demás) debemos asumir los riesgos que comportan.

¿No tiemblos cuando se acerca a ti? ¿No te da así como un sueño cuando acerca sus labios? Dime, le pregunta la Vieja a Yerma. Pero Yerma no tiembla ni tampoco le da un sueño cuando la besa el marido que le dio su padre.

Y ando a vueltas con que no deja de ser curioso que aquél que ha monopolizado mis sentimientos no sepa nada de mí, que incluso desconozca mi existencia. De todo este dispendio de tiempo y de energía que comparto, a menudo con mi soledad y en ocasiones con mis amigos, él no tiene ni idea. Dicen que existimos porque alguien piensa en nosotros. Pues gracias a mí él debe de existir mucho más que cualquiera.

Mi vida entera gira a su alrededor, desde que me levanto hasta que me acuesto. Y es que las pasiones idiotizan pero le mantienen a uno feliz por estar todo el día en babia. Camino con una sonrisa de oreja a oreja mientras me hallo en mi vida de ficción y, como casi todo el mundo se mueve con cara de palo en la de ahí abajo, me doy cuenta de que alguno me observa enojado por mi evidente alegría. Y yo me estoy sintiendo tan a gusto con mi rollete virtual que no necesito tanto verme arropada por saludados, conocidos y amigos. Le copio esta terminología a Josep Pla porque me parece muy acertada la diferenciación que hace de las personas según nuestro grado de relación con ellas. Me gusta tanto que hasta le perdono al escritor ampurdanés su conocida misoginia y otras cosas tanto o más feas. De Pla también admiro la siguiente frase: *No sabemos nada de nada y aún así somos pedantes.*

Cuando comencé este libro iba por la calle con un pequeño cuaderno de notas y me paraba en cualquier sitio a tomar algún apunte. Si me venía algo a la cabeza mientras conducía, tenía que apresurarme hacia la gasolinera o el arcén más próximos para escribir la frase o la idea en cuestión antes de que se volatilizara.

Ahora he trocado la libreta por una pequeña grabadora, mucho más cómoda al volante, con permiso o sin de los guardianes de la seguridad del tráfico. La uso indistintamente en el supermercado, en la playa o en el tranvía. Como hablar solo se ha convertido en algo cotidiano gracias a los teléfonos móviles, nadie suele prestarme la menor atención. Pero en ocasiones alguna viejecita hace una mueca condescendiente y yo sé que piensa que estoy medio pallá.

V

Es una habitación cualquiera de cualquier hotel de Madrid. Las paredes están empapeladas en color salmón. Una cenefa crema se desliza de arriba abajo formando tiras de diminutas flores de lis. El ancho cabezal de la cama descansa en ella; es rectangular, de madera oscura. El sol que se cuele por las rendijas de la persiana tiñe el aire de un tono dorado que confiere al ambiente una nota de irrealidad. Sobre el estrecho sofá que encara la ventana se dibujan finas líneas horizontales de luz.

Tú te has sentado en él, has recostado la cabeza y entornado los ojos, permitiendo que una sonrisa se insinúe en tus labios delgados. Yo me he quedado de pie, inmóvil, frente a ti. Mi mano, suave como una caricia, aparta del hombro los tirantes del vestido, primero uno,

luego, muy lentamente, el otro, permitiendo que la tela, sin sujeción, se escurra a mis pies. No he dejado de mirarte a los ojos para que leas en ellos mi fogoso deseo de ti. He dado unos pasos, desnuda sobre las sandalias de alto tacón hasta sentarme a tu izquierda. He cogido tu mano entre las mías y la he besado en la concavidad de la palma antes de acompañarla a mis senos. He sentido arder mi piel allí dónde la has deslizado y un latigazo de placer ha removido mis entrañas. Me he acercado aún más, me he sentado sobre ti a horcadas, aprisionando tus caderas, y, con un suspiro, he pegado mi pecho al tuyo. Luego me he apartado un poco, lo justo. Mientras mis dedos ansiosos deshacen el nudo de tu estrecha y anticuada corbata de punto, mientras me esmero en desabrochar con cuidado todos los botones de tu camisa, me pregunto cómo es posible que nos encontremos aquí, solos los dos. Mi cerebro ofuscado recuerda sólo vagamente lo que ha sucedido hoy.

Hoy...

Por la mañana desembarqué en Madrid con un doble propósito: el primero relacionado con mi faceta de escritora y el otro de índole personal. Un taxi me dejó en la calle de la Academia número uno, frente al edificio que le presta el nombre. Dedicué un buen rato a explorar la zona: bares, hoteles... Luego permanecí cerca de la construcción de inspiración dieciochesca y me dispuse a esperarte.

Te vi llegar flanqueado por un hombre, caminar sin prisas, pendiente sólo de su conversación, y desaparecer tras el pórtico. En este día de junio apenas corre el aire y el sol comienza a apretar, presagiando un calor sofocante a medida que se acerque al cenit. Yo supuse que permanecerías ahí dentro hasta la escapada al bar para el café de media mañana o hasta la hora del almuerzo. Pero decidí entrar y preguntar, si es que encontraba a alguien que me facilitara la información. Observé de nuevo la fachada principal y sus columnas dóricas, mientras pensaba que mi atuendo provocador de

mujer estupenda no era el más adecuado para ser bien recibida, así que me tapé el escote y los hombros con un amplio pañuelo de gasa.

Crucé el quicio de la puerta y me adentré, avanzando silenciosa por el piso de mármol, hacia la mullida alfombra de la escalinata principal. La Real Academia lucía esplendorosa, brillaba de pulcritud. Un bedel salió a mi encuentro y me preguntó sin ambages que a dónde iba. Y yo formulé unas preguntas que él respondió mientras me alertaba de que debería esperar a los señores académicos en la calle. «¿Se puede echar un vistazo a la casa?», quise saber. «No sin concertarlo», respondió. Regresé, pues, a mi puesto de vigilancia preguntándome qué táctica usar llegado el momento. Tras perderme en conjeturas cada vez más complejas, decidí ser una turista y dejarme guiar por mi instinto. El bedel me había informado de que sobre las once y media algunos señores, entre ellos tú, salían a tomar un café. Busqué un lugar para sentarme y me puse a leer a Marsé: «El amante bilingüe», con Juan Marés/Faneca, un hombre que se reinventa a sí mismo en la figura de otro para conquistar de nuevo a su mujer.

Desgrané los minutos y las horas como un rosario exasperante. Me levanté y senté media docena de veces, recorrí la manzana y me esforcé en templar mis nervios. Me convencí de que saldría bien, que no habría ningún problema, que sé hablar provocando y prometer paraísos con gestos y medias sonrisas.

Los señores Académicos salieron en grupo, algo retrasados sobre su horario habitual y cruzaron la calle hacia la cafetería. No me dejé ver y les seguí a una distancia prudente. Entré en el local y me senté a una mesa cercana a ellos pero escondida tras una gruesa columna. Pude escuchar, sin temor a que me descubrieras. Tú pediste «un café en la taza más pequeña que tengan», y el camarero masculló entre dientes «Sí, claro, como siempre». La conversación fue animada: género masculino y género femenino a tutiplén, sexismo lingüístico, todo ello a causa de un artículo del Boletín Oficial del País Vasco, que contiene perlas, decías, como ésta: *un secretario o secretaria*

que se nombra por el presidente o presidenta... entre funcionarios y funcionarias. Sin saber por qué me viene a la cabeza el canto VIII de la *Ilíada* en el que Zeus arenga la junta de dioses del Olimpo y clama: *¡Oídmе todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ninguno de vosotros, sea varón o hembra, se atreverá a transgredir mi mandato.* Luego, me di cuenta de dos cosas: primero, que este tipo de asunto —que Dani, mi hijo, como muchos jóvenes, solucionó con sencillez, años ha, poniendo una @ o una x en las palabras que deben identificar a hombres y mujeres por igual—, levanta ampollas. Segundo, que mis intenciones de acercamiento habían quedado aplazadas. Desde mi escondrijo, observé la pasión que te arrastraba, que se te escapaba por los ojos y por los ademanes mediterráneos y que, no me cabe duda, está siempre presente en tus palabras y en tus actos. Veinte minutos más tarde abandonasteis el local y yo regresé a mi puesto de vigilancia.

Persistía el calor, dulcificado por una agradable brisa que balanceaba las hojas de los árboles. Transcurrieron dos horas durante las cuales me dediqué a imaginar todo un abanico de posibilidades. Podía ser que los académicos almorzasen en grupo o que se dispersaran a la salida, y que tú te hubieses citado con alguien y desaparecieses dentro de un coche. Se me hizo un nudo en el estómago y me puse en pie, inquieta. Necesitaba moverme. En ese instante apareció tu alargada figura bajo el pórtico neoclásico. Estabas solo.

Te detuviste mirando a tu alrededor y consultaste el reloj; sacaste el móvil y marcaste un número, pero colgaste antes de hablar. Volviste a observar la calle y te fijaste en mí que ya estaba caminando hacia ti, clavando los tacones en las losetas de la acera. Estaba tan cerca que percibía tu olor. Segura de mí, te regalé una sonrisa.

—Bonjour monsieur —saludé, y proseguí conversando en francés —, ¿puede ayudarme?

Tú me atendiste y me diste un repaso discreto, casi imperceptible, pero suficiente para darme cuenta de que había aprobado.

—Oui, bien sûr —te expresabas con un acento muy correcto gracias a los consejos de tu abuelo, como yo ya sabía.

—Estoy buscando un hotel por esta zona. Para ahora mismo — acerqué mis labios confidencialmente a tu oído y te hablé en un susurro.

Me separé un poco de ti para comprobar el efecto surtido por las palabras que había pronunciado usando mi voz más cálida. No olvidaré nunca la expresión asombrada de tu rostro. «Il est ahuri», pensé. Y, como sin querer, te rocé con mi cuerpo y luego, ya no recuerdo cómo, te convencí para que me siguieses hasta aquí. Sé que me presenté como Nicole, una francesa de Lyon que regresará mañana a casa en el vuelo de las doce. Supuse que te tranquilizaría saber que iba a desaparecer.

Pero te he mentado. Aunque no del todo, y según se mire. Son las cinco de la tarde y no me he marchado de la capital. Estoy a punto de entrar en la editorial, en tu editorial. Desde Barcelona concerté una cita contigo. Empuño un pequeño maletín de cuero con los setenta y tres folios DinA4, Times New Roman 12, a un espacio y medio, encuadernados, que contienen este libro.

Visto un traje de chaqueta de verano de seda salvaje en un tono lavanda, serio y elegante, una gargantilla de perlas y pendientes a juego. Me he recogido el pelo en un moño informal sujetado por una horquilla de estilo japonés.

Llevo veinte minutos gastando paciencia en una sala de espera pequeña y arrinconada. La misma señorita de aspecto eficiente que me ha abandonado aquí acude a buscarme y me acompaña por el pasillo. Llama a una puerta, espera dos segundos, tu voz nos da permiso, ella empuja la madera y se aparta a un lado.

Estás sentado en una butaca frente al escritorio, de cara a mí, los codos sobre la mesa, en actitud pensativa. Has trocado el traje y la corbata por una indumentaria más relajada. Oigo cerrarse la puerta a mis espaldas y el ruido del sillón arrastrado hacia atrás cuando te incorporas bruscamente.

—¡Nicole!

—¿Disculpe? —hoy vuelvo a ser yo y tengo muy claro mi papel; doy unos pasos adelante hasta quedar de pie frente a ti y sostengo tu mirada inquisitiva—. Soy escritora y vengo a enseñarle un libro que quiero publicar y que trata sobre usted. Además, creo que ya le han dicho que me llamo Carmen...

—Anda, ¡no me jodas! —tuerces el gesto, sarcástico— ¿Se te están cayendo otra vez las bolas chinas?

En los sueños todo sucede fácilmente: acercarse a un hombre y llevárselo al huerto está chupado. La cruda realidad es bien diferente. En primer lugar hay que esquivar una conocida ley de Murphy: el hombre que se muere por tus huesos no te gusta nada de nada, y el que te trae loca no te hace ni puñetero caso. En segundo lugar, otra máxima a tener en cuenta: es más fácil conseguir a uno que esté atado, sobre todo si lleva años, que a un soltero, separado, divorciado o viudo, es decir un *single* o impar. Los peores son los separados y divorciados, sobre todo si es ella quien les ha dejado, o sea la mayoría, pues los hombres tienen una tolerancia increíble y no se largan a no ser que les pongan las maletas (ya hechas) en la puerta. Antes de romper se buscan la vida —y de paso la querida—, y cuando se deciden es in extremis. Los maridos abandonados suelen resultar tan tocados que sienten un pavor descomunal cuando ven en una el más mínimo intento de consolidar la relación. Entonces huyen despavoridos y la dejan más colgada que un *fuet* (expresión muy usada en Cataluña). Si usted se enamora de un soltero de toda la vida y lo que quiere es formar una familia, mejor olvídele. Está muy

por encima de sus posibilidades. Yo antes pensaba que si no se había casado sería porque era rarillo. Pero he cambiado de parecer.

Después de pasar más de un cuarto de siglo emparejada, decidí que había llegado el momento de tener una aventura en solitario y me instalé por mi cuenta. Me emancipé de los hombres. El primer año me costó, sobre todo por el hecho de irme a la cama y de despertarme sola, sin nadie a quien besuquear ni abrazar, y reconozco que ahora, a los dieciocho meses, aún lo echo en falta. Pero por todo lo demás... Es que desde fuera nadie lo diría, pero la soledad engancha, y mucho. Mi amigo Pep, que es uno de estos *singles* empedernidos, antes llamado solterón recalcitrante, de los de toda la vida, siempre me recuerda que se está mejor solo que mal acompañado, e incluso, a veces, que bien acompañado. Arturo dice que todos los hombres y mujeres lúcidos terminan solos de una u otra forma. Para reflexionar.

Todo el mundo sabe que el que está solo es porque quiere y que con una simple llamada se soluciona cualquier momento en que se precise compañía. Parece fácil, ¿no?

—Hola. ¿Qué haces? ¿Nos vemos? —propongo, con la oreja pegada al teléfono.

—Imposible, he quedado con aquel tío del meetic./ Tengo clase de equitación./ Salgo de viaje dentro de una hora/ Me pillas fatal, tengo prisa, ciao./ Me voy a bucear a las Maldivas.

Es que, de fácil, no tiene nada. Los impares son gente ocupadísima, que siempre está de fiesta, o de museos, o de vacaciones al quinto pino. Entonces tiene una que echar mano de Manolo, *typical spanish man*, que está casado y que siempre tiene un hueco a pesar de su abultada agenda.

—Tranqui, nena, que yo me lo monto. Le digo a la Puri que me han colocado una reunión de última hora y andando.

Yo, la verdad, cuando tengo un día flojillo, uno de aquellos en que estoy sensiblera, en que me siento poco querida y poco besada,

vamos, un día tonto de esos que tiene cualquiera de vez en cuando, agarro el móvil y llamo a X.

—Ven. Necesito mimos.

Tres palabras mágicas que X. suele tomarse al pie de la letra. Y viene. Y me toma entre sus brazos. Y me achucha. Muchas veces ni siquiera pasamos a mayores. Son muchos años y nos conocemos tan bien. Él está desde siempre infelizmente casado y hemos vivido largas temporadas sin vernos, manteniendo sólo contacto telefónico, al son de mis relaciones sentimentales. Actualmente, también según ellas, nuestros encuentros son más frecuentes y solemos pasar a mayores. A X. le encanta remover recuerdos del pasado. A mí no. La nostalgia me entristece. Para mí la vida siempre va hacia delante. Un filósofo contemporáneo cuyo nombre no recuerdo, dice textualmente que la vida es un camino de ida. Así pues, X. y yo nos entretuvimos una tarde en contar el tiempo que hacía que nos veíamos y calculamos que eran veintitrés años con siete meses. Entonces él, que tenía la vena romántica, me propuso algo muy bonito, algo que me emocionó en lo más profundo: celebrar nuestras bodas de plata como amantes.

Porque si de algo estoy segura es de que nunca celebraré unas auténticas bodas de plata. No tengo madera. Vamos, que no sirvo. Según mis amigos, el problema radica en que soy una polifacética inquieta y que nadie puede llevar mi ritmo. No sé. Lo cierto es que, con el pasar de los años, el tedio se apodera de mí y mis relaciones se tambalean. Por supuesto es una explicación simplista; suele ser mucho más complejo. Ahora que estoy sola experimento los más diversos estados de ánimo pero nunca me aburro. Un sistema de medición de este hastío sentimental progresivo es la tele. Cuando se empieza a ver más de la cuenta, algo grave le ocurre a la pareja. Yo sólo me intereso por las noticias, algún concierto de música sinfónica y, ocasionalmente, un documental o una película. Ah, y si almuerzo en casa, por supuesto me engancho a los Simpson, sin importarme

que se repitan. Como los críos. Lo malo de ver poco la tele es que si ustedes van al dentista o a la peluquería, donde es casi obligado ojear las típicas revistas de prensa rosa y amarilla, no se enterarán de la misa la media porque no van a conocer a la mayoría de estas personas tan importantes que ocupan las páginas a todo color del *magazine*. Vamos, un drama.

Volviendo a los hombres y, por extensión, a las parejas, la terminología empleada referida a ambos es a veces curiosa. Olivia, una de mis amigas más íntimas, y, desde luego, la gallega que más quiero, era presentada por mí a conocidos y amigos de esta guisa: es la segunda mujer de mi primer ex marido. Nos quedábamos con todos, que se sorprendían de que, siendo quienes éramos, nos lleváramos tan bien. Ahora, tras muchas lluvias, la cosa se ha complicado: Olivia es la segunda ex mujer de mi primer ex marido. Y yo soy para ella la primera ex mujer de su segundo ex marido. Guapo, ¿no? ¡Pobres ex! Hablamos de ellos en pasado como si hubieran fallecido: mi ex era veterinario, apuntamos, soltando una lagrimita. O no. Y el pobre hombre sigue vivo y coleando. ¡Qué malas somos!

Pero incluso así, a uno que yo me sé le encantaría ser *objeto del deseo concupiscente y de la sexualidad polimorfa —incluso del carácter extraconyugal, si se terciá—* de todas las señoras que toman el sol con las tetas al aire en una playa. Esto venía a cuento porque lo que antes se conocía como el Santo Oficio se había mostrado escandalizado por el espectáculo que se ofrecía en las playas, refiriéndose a los cuerpos semidesnudos de los pecadores, objeto del deseo de otros, más pecadores si cabe, tostándose al sol. El cardenal que soltó esta perogrullada no debía de ir mucho a la playa o quizá iba a playas diferentes a las que acudo yo. Eso seguro, porque la mía, que tengo a cinco calles de casa, en Barcelona, es la de la Mar Bella, que es naturista (en plan eufemismo), oséase que es nudista y que la gente se pone como Dios la trajo al mundo: en cueros. Y allí podría

darse cuenta de que la mayoría de bañistas ganarían si se vistieran y ocultaran sus carnes porque son un atentado a la estética más elemental. Como la mujer con la que Arturo colisionó en la cola de los rayos equis del aeropuerto: *grandota, atocinada, abundante y bajuna sin complejos,... con rodajas de chicha y tetas enormes, descomunales, colgando con oscilaciones de ternera charolesa*. O como aquellos hombres con *barriga cervecera* y fuagrasera, *rascándose los huevos sin complejos*. Eso es lo que abunda más en mi playa. La única belleza la aporta el colectivo masculino homosexual, que, con independencia de su edad, da gusto mirar. Hombres delgados, sin panza y con una piel envidiable; carne de gimnasio, de dietas y de culto al cuerpo.

Yo, salvo cuando estoy en Sant Feliu de Guíxols o de viaje, no tomo el sol en ningún otro lado. Y es que un cuerpo hermoso nos alegra la vista y nos remonta la moral, que buena falta nos hace a todos.

Ahora mismo iba a escribir algo importante que grabé con pelos y señales en uno de esos momentos fugaces de auténtica inspiración. Yo, en condiciones normales, tengo una inspiración discreta aunque regular. Pero cada tres semanas ocurre algo especial: me encuentro con mi musa. Sí, no ríen, soy una escritora con musa... mejor dicho, con muso, sustantivo que no existe en el DRAE (existe como adjetivo y no tiene nada que ver). Quiero aclarar que mi musa es un varón y que tiene treinta años. Por cierto, me ha prohibido que le mente, pero no pienso hacer caso de su petición. Es escritor y nos encontramos para intercambiar textos y corregirlos, sacarles más partido a nuestros personajes, comentar aspectos de nuestras lecturas, recomendarnos libros, en fin, para todo aquello que hace referencia al entorno de este mundillo en el que nos estamos aventurando. Es algo que recomendaría a cualquiera en nuestra situación, porque enriquece tanto que cuando salgo del café donde pasamos la tarde, en Gerona o en Barcelona, camino flotando

en una nube, y aquél y los días que le siguen, trabajo con más ahínco. La gracia es que no nos parecemos en nada, ni como personas, ni como escritores, lo cual es fantástico porque nos complementamos; siempre aprendemos del otro. Bien, no hablaré más del tema, no sea que mi musa se me enfade y se busque a otro a quien musear.

Volviendo al párrafo anterior, conecto pues el aparato para copiar textualmente la grabación y resulta que en su lugar me encuentro con una charla, o similar, entre mi querida Montse, de Sant Feliu, y su amigo mejicano, mientras nos echábamos al colete una margarita: lengüetazo de sal, chupito de Tequila y mordisco a la rodaja de limón. El aparatejo debió de conectarse por su cuenta dentro del bolso y borró mi voz. Me dio rabia porque no suele suceder que grabe algo sustancioso. ¿Mala suerte? No; es, como ya sabemos, la ley de Murphy, también conocida como *Ley del Barco Fondeado*, esa que dice que si está usted fondeado en un sitio paradisíaco sin nadie en millas a la redonda y ha largado treinta metros de cadena en cinco de sonda, el siguiente barco que acceda a la zona echará el ancla justo sobre la suya, a ser posible a barlovento, para fastidiar más. Y a éste se añadirán otros barcos que harán lo mismo, y ¡ala!, a bornear. Lo explica Arturo en un artículo.

Los médicos radiólogos tenemos la Ley del Recomendado, que dice que cualquier persona que acuda a consultarnos recomendada por un superior o porque es familia de un compañero o porque se trata de un colega, aumentará por cien las posibilidades de que erremos el diagnóstico de la patología que padece, o las de que se nos estropee el aparato o las de que se produzca un apagón y no podamos hacerle la foto. Triste pero cierto.

VI

En cinco segundos pisaré la cumbre de la Madre, una colina de poco más de mil metros que emerge de la llanura del Kalahari, en Botswana. Cuentan los bosquimanos que Tsodilo fue una vez una familia; que la Madre se divorció y se trasladó algo más lejos con sus dos hijos; y que el Padre, el pico más elevado, quedó relegado cerca del pueblo de Hambukushu.

He puesto el pie en el escalón final de una enorme roca basáltica, la última de las muchas que he tenido que sortear para asomarme a ver algunas de las cuatro mil imágenes de pintura rupestre de este lugar. Ayudándome con ambas manos, izo mi cuerpo y permanezco de pie mientras recupero la respiración. Unas gotas de sudor que me resbalan por la frente me recuerdan que a finales de junio, aunque invierno, el calor de las dos de la tarde es sofocante.

Durante el ascenso he podido admirar rinocerontes y jirafas dibujados con pigmentos naturales sobre paredes rocosas veteadas de amarillo y naranja. He observado las frondosas matas que bordean el sendero de arena oscura, brillante por la abundancia de cuarzo, en busca de algún ejemplar de serpiente. Me interesan los animales, en especial los reptiles, y, durante mis dos años de estancia en Namibia, he adquirido ciertos conocimientos al respecto.

Echo de nuevo a andar con decisión. Tras unas decenas de pasos, una visión me obliga a detenerme: un hombre blanco tuerce el gesto mientras se masajea el tobillo derecho. Está sentado a los pies de un baobab de tronco firme y ramas deshojadas. A medida que avanzo hacia él, una sensación extraña se apodera de mí. La figura me resulta vagamente familiar, tanto como los personajes de mis novelas

favoritas. Sin embargo, antes de que logre identificarle, una escena inesperada me hiela la sangre.

Una serpiente de color marrón claro, amenazante, se yergue ante el hombre, que pega un respingo y opta por no mover ni una ceja. El reptil muestra una sonrisa estática, congelada. Abre un poco la boca y alcanzo a ver su color: es una mamba negra, la más mortífera de toda el África del sur. Aquí la llaman la de los siete pasos, los últimos que llega a dar aquel a quien ha mordido antes de caer fulminado. He oído decir que es capaz de matar a un elefante.

Clavo unos ojos inquietos en el hombre que sigue inmóvil como una estatua, y ahora sí le reconozco: es mi ídolo, mi sueño. Es Arturo. En carne y hueso. Me he quedado boquiabierta, como la mamba, aunque por motivos diferentes. Sin embargo, a ésta no le resulta el hombre petrificado tan apetecible como a mí porque con un movimiento eléctrico se da media vuelta y se pierde entre la maleza. Transcurridos unos segundos de tensión, ambos humanos nos miramos, mucho más relajados.

En mi cabeza se encadenan las tres palabras que voy a pronunciar: «Mr. Livingstone, supongo». No hago nada de eso. Él no parece estar de humor para bromas y a mí me da un arrebató de timidez y me inclino por la simplificación de:

—Are you ok?

Él responde con acento castizo que no, que no está ok, y yo adivino que no nos vamos a entender muy bien en la lengua de Shakespeare.

—Where are you from? —inquiero para simplificar los trámites.

—From Spain.

—¡Vaya! Qué casualidad. Yo también. Me llamo Carmen —me tiende la mano, se la estrecho y me informa de su nombre de pila—. ¿Qué te pasa en el tobillo?

—Me lo he torcido —me acerco a su pie desnudo y compruebo que lo tiene algo hinchado.

—Vaya susto, la mamba, ¿no?

Le sorprende que sea capaz de tipificar a la serpiente y le explico que en los dos últimos años me he dedicado a pasear turistas en safaris fotográficos por las reservas de la zona, que dentro de una semana regreso a casa y que quería despedirme de Tsodilo con una última visita en solitario. Él, mientras, vuelve a calzarse.

—¿Y tú? ¿Estás de turista? —la curiosidad me carcome.

—Sí, pero sólo para conocer este sitio. Me he aficionado al arte rupestre. La semana pasada estuve en Jordania, en el desierto del Wadi-Ram, fotografiando unas pinturas del siglo seis antes de Cristo; por cierto, muy diferentes a éstas.

Y entonces se lanza a darme una disertación sobre el tema. Yo le escucho con el máximo respeto. Aunque he estado allí, no lo demuestro por no chafarle el relato. Lo cierto es que estoy embobada y que aún no he reaccionado.

Arturo calla, luego se pone en pie con cierta dificultad y da unos pasos, el rostro contraído por muecas de dolor.

—No te preocupes. Te ayudaré —él no sospecha siquiera que estoy dispuesta a bajarle a hombros si hace falta.

—No será necesario. Con esto —me enseña un bastón de montañero— es suficiente.

Escondo mi decepción cargándome la mochila a la espalda. Él hace lo propio con la suya y con un sofisticado equipo de fotografía y emprendemos el camino de vuelta que nos ocupará durante unos noventa minutos.

La primera parada tiene lugar ante una jirafa y un ñu pintados en rojo con los dedos, de los que Arturo hace media docena de tomas mientras yo le lanzo discretas miradas para evaluar el tobillo que va adquiriendo proporciones cada vez mayores. Mi chico decide que ha llegado el momento de aflojar la bota y enseguida respira aliviado.

Nos detenemos por segunda vez en la cueva que posee la pintura más famosa: la de los penes danzantes. Así se llama. Se trata de unas figuras humanas muy estilizadas con grandes atributos erectos compensados por unas no menos importantes posaderas redondas.

Para disfrutar de su belleza hay que tumbarse sobre la roca y mirar hacia arriba desde la horizontal. Tras otra media docena de fotografías, salimos de allí en cuclillas y, al incorporarse, Arturo se para en seco.

—Se acabó. No puedo andar —confiesa.

Y a mí me sabe mal por él, pero estoy encantada porque no tendrá más remedio que apoyarse en mí si quiere llegar al aparcamiento donde ha dicho que le espera el coche. Duda unos segundos que yo aprovecho para indicarle que me coja por el hombro mientras le agarro firmemente por la cintura. Así unidos —yo temblando de emoción— comenzamos un descenso complicado por la irregularidad del terreno —piedras y arena—, por el sol que nos abrasa y por la evidente falta de armonía de nuestros pasos. Me multiplico para simplificarle la dolorosa tarea de traspasar su peso al pie enfermo y él se esfuerza en no soltar más imprecaciones que las estrictamente necesarias.

Al cabo de media hora hacemos una pausa para refrescarnos bebiendo agua de nuestras cantimploras. Me quedo un instante embelesada siguiendo el aleteo de un vistoso calao entre las ramas de un árbol salchicha. Arturo se ha sentado en silencio sobre una roca volcánica y yo, que le observo de reojo agradeciendo la fortuna de haberle encontrado aquí, me siento inundada de paz.

Pero hay algo en medio de esta paz que me incomoda. En mis años de vagabundeo por estas tierras mis sentidos se han afinado y percibo un nosequé extraño en el aire, algo que no acabo de identificar. La pituitaria me envía al fin un mensaje al cerebro.

—¿No hueles a quemado? —pregunto de repente a Arturo.

—No —con el ceño fruncido está vaciando la mochila en busca de algo.

Esparcidos a su alrededor, un bocadillo, una cantimplora de litro y medio, una manzana, crema solar de protección cuarenta, un forro polar y la loción repelente de insectos. Echa otro trago de agua y lo recoloca todo sin prestar demasiada atención a dos jóvenes impalas

que cruzan el camino en un único brinco de una elegancia etérea sin igual. Me sorprende que hayan pasado casi rozándonos y me digo que parecían asustados. Escalo un montículo, pongo una mano en visera y oteo el horizonte. Para mi sorpresa, diviso una delgada columna de humo que se eleva hacia el cielo.

—¡Vámonos! —Arturo levanta la cabeza, extrañado—. Parece que hay fuego en el sur.

—No puede ser. Estarán quemando unos rastrojos. Quizá los guardas, abajo, en la zona del museo.

—Sí, pero precisamente es allí a dónde nos dirigimos y si no son malas hierbas y es un incendio, no podremos ni acercarnos.

—No exageres —se lo piensa un momento y sigue—. Además no hace ni gota de aire. Pero tienes razón: debemos irnos.

Nos abrazamos como antes, cadera contra cadera, y observo que la marcha de Arturo es cada vez más inestable. Un poco más abajo el sendero se estrecha de repente y el piso se vuelve resbaladizo. Mi compañero da un traspié y me arrastra en su caída. Al rodar por el suelo, golpea el tobillo enfermo contra el saliente de un tronco, produciéndose una herida de un par de centímetros que enseguida comienza a babear sangre.

—Antes buscaba una venda, que no tengo —se queja—. Tenía que darme en este tobillo precisamente. Si es que no falla.

—No te preocupes, te lo taparé. Llevo un botiquín para emergencias, con gasas y esparadrapo, entre otras cosas. Aunque si no, podría lavártelo con orina de damán, que es una especie de conejo. Es ideal como desinfectante.

Mi querido hombre pone una cara de asco indefinible: «Mejor déjalo». Limpio la herida y la tapo, cerrando bien los bordes para que no se ensucie de polvo. El aire que se respira es más caliente ahora, y apesta a humo. Sé que Arturo lo olfatea también porque se ha incorporado bruscamente.

—Hay llamas ahí abajo y nos obstruyen el paso. No podemos usar este camino.

Ante nuestro asombro, una manada de kudus, que huye despavorida del incendio, está a punto de arrollarnos.

—Vamos a seguirles. Van hacia el delta —mi voz es firme pues sé que se trata de nuestra única escapatoria.

—Pero el Okavango queda lejos —opina Arturo—, y campo a través no va a ser nada fácil orientarse.

—No creas —replico mientras nos unimos para seguir caminando—, hemos de ir hacia el este y en esta zona existen unos pájaros que construyen siempre sus nidos en las ramas del lado oeste de los árboles. Además, por aquí hay un poblado bosquimano. Con suerte encontraremos un guía que nos acerque a Maun para que te den medicación y te recompongan el tobillo.

El antebrazo de Arturo se me clava cada vez más en el hombro y parece haber quintuplicado su peso. Con el otro brazo entumecido intento sujetarle firmemente por el cinturón para que no cargue tanto el pie. Estoy decidida a llegar al final, pase lo que pase. Sorteando arbustos y buscando nidos en las copas de los árboles, nos adentramos en el bosque, acompañados por una familia numerosa de gallinas de Guinea y perseguidos por una humareda caliente que nos produce picor en la nariz y nos escuece los ojos.

Pasa el tiempo y las manecillas de mi reloj señalan las cinco de la tarde. Empiezo a estar muy preocupada porque a las seis se pone el sol y en Tsodilo habitan hienas, elefantes e incluso felinos. Durante el trayecto he rastreado la arena en busca de sus huellas, pero sólo he podido encontrar las pisadas en forma de grano de café de los airosos impalas. Alertados por el rugir de un motor, levantamos la cabeza a la vez y divisamos a lo lejos una avioneta que vacía un depósito de agua sobre las llamas.

—Ésta viene de Maun —informo a Arturo—. Es el aeropuerto más cercano. Debemos llegar allí. Por cierto, ¿llevas una linterna? Pronto será de noche.

—No —el aire denso le provoca un ataque de tos—. Con suerte y bastante agua, el incendio irá remitiendo. Y vamos a tener que parar

de todos modos. Debes de tener la espalda destrozada y yo ya no puedo caminar.

—Conozco una especie de gruta que está cerca de aquí. Aguanta un poco —tiro de él con todas mis fuerzas.

Media hora más tarde, justo después del ocaso, alcanzamos la entrada de la mina de hematites que nos va a servir de cobijo. Allí mismo nos desplomamos sobre el suelo, rendidos de fatiga. Cuando nos recuperamos un poco, le pido a Arturo que se descalce y le reviso la herida. Luego le indico que ponga la pierna en alto para que la inflamación vaya cediendo y casi le pido perdón por no poderle ser de más utilidad. Él propone un recuento de existencias y vacío mi mochila: el botiquín, un jersey, Víctor Hugo: «Los Castigos», una manta de supervivencia, un cuchillo plegable, crema solar de protección cincuenta, una cantimplora de dos litros, dos plátanos y un bollo de maíz que he comprado en la calle, en Hambukushu. Estamos hambrientos pero no sabemos cuánto tiempo vamos a permanecer en el bosque por lo que decidimos conformarnos con medio bocadillo y una manzana compartida. Nos abrigamos porque la temperatura ha descendido varios grados y sé que por la noche tendremos que cubrirnos con la manta que parece una fina lámina de papel de aluminio y que llevo encima por casualidad, porque ocupa tan poco espacio que olvidé guardarla en la maleta.

Intento distraer a Arturo, que se ha recostado en la pared rocosa, contándole la belleza del delta del Okavango, el río que no tiene caudal suficiente para alcanzar el océano y que muere en incontables brazos que acaban sumergiéndose en la tierra.

—Por esto se le conoce como el río perdido —concluyo—. Mañana lo verás.

—Suponiendo que el fuego no nos lo impida. Habrá que ver hacia dónde se dirige.

—De todos modos, al aparcamiento de Tsodilo no podemos ir. Es demasiado peligroso. Aunque esté controlado el incendio, pueden quedar focos.

Seguimos charlando de este país, de su historia y de sus gentes y sólo cuando se cierra la noche nos callamos. Una hermosa luna redonda asoma entre las acacias y pueden oírse rompiendo el silencio los mezclados ruidos de la selva. A mí se me antoja maravilloso compartir estos instantes con el hombre de mis sueños que yace al fin boca arriba en busca de un merecido reposo. Me acomodo junto a él tapando a ambos con la fina lámina de la manta para protegernos del frío de la noche. Él se despierta a medias, se vuelve a un lado y, con un ademán, me indica que me acerque de manera que nuestros cuerpos se enlacen para conservar el calor.

En esta misma posición me despierto al amanecer y permanezco un rato inmóvil, disfrutando de su abrazo. Suavemente me libero del hombre que acaba de despertarse y me deslizo hasta la entrada de la mina. La aurora ha teñido de malva el azul profundo del cielo, que por el este adquiere tonos grises a causa del humo espeso que lo enturbia. Multitud de pájaros han iniciado sus cantos y nos deleitan con ellos mientras desayunamos agua y un plátano.

—Ya sólo nos queda el bollo —observa Arturo.

—No importa. He visto montones de árboles de mongongo que producen una especie de fruto seco. Y como fuente de proteínas buscaremos gusanos de Mopane. Yo sólo los he comido desecados o fritos, pero se pueden consumir crudos.

—No creo que llegue a tener tanta hambre —comenta Arturo, que se pone en pie y echa a andar cojeando.

Comentamos la suerte de que ninguno de los cinco grandes —a saber: el elefante, el león, el búfalo, el rinoceronte y el leopardo— haya venido a saludarnos y de que otros no menos inquietantes, como las hienas, tampoco hayan olfateado la cueva. Nos juntamos de nuevo para caminar hacia el delta e inmediatamente siento la misma presión dolorosa que ayer me acuchillaba el hombro. En silencio, nos deslizamos campo a través, desgarrando las telarañas laboriosamente tejidas durante la noche. Paso a paso, despacio,

avanzamos durante cinco horas, haciendo breves paradas para hidratarnos con un par de sorbos del agua que comienza a escasear.

En medio del bosque, el silbido de un machete corta el aire a nuestra espalda y nos giramos asustados. Un hombrecillo se muestra, vestido a la occidental pero con los pies descalzos. Es de talla baja, flaco, de culo redondo y nariz aplastada en la base y ancha en la punta, y lleva un carcaj: un bosquimano que va de caza. Estoy segura de que, como todos, ha untado la punta de las flechas con el jugo de la larva de un escarabajo que ralentiza el corazón de la pieza y facilita su muerte. Pero afortunadamente no nos observa como posibles trofeos sino como lo que somos: dos blancos despistados en situación precaria. En un inglés rudimentario, nos pregunta de dónde salimos y nosotros le narramos el paseo que emprendimos ayer y le hacemos saber nuestras aspiraciones.

El hombre reflexiona durante un rato, nos informa de que el incendio todavía no está controlado por lo que es aconsejable seguir hacia el este y propone conducirnos hasta allí por un atajo. Arturo sugiere que nos lleve hasta el brazo más cercano del río perdido, acuerda el precio, unos billetes cambian de mano y nos ponemos en marcha.

El bosquimano —Xauwe se llama— va delante, y nosotros le seguimos renqueando. De vez en cuando detiene la marcha para comprobar huellas de pisadas y recoger frutos de algunos árboles, como los de marula que tientan tanto a los elefantes que llegan a abusar de ellos y que fermentan en su tubo digestivo produciéndoles una especie de borrachera.

En uno de los altos del camino nos repartimos el bollo de maíz y damos cuenta de los penúltimos sorbos de agua. El incendio ha quedado atrás y por ello olvidado. Ahora nos adentramos en un territorio más húmedo, más verde también, porque estamos pisando la zona del delta. Arturo y yo exhalamos un suspiro de alivio. Xauwe nos ha dejado solos para ir en busca de un mokoro de alquiler. Reaparece sonriente manejando una estilizada canoa de fibra de

vidrio con una pértiga que la desplaza cuando se ejerce una presión adecuada sobre el fondo del río. Sin embargo, para facilitarnos la tarea, se ha hecho con un par de remos cortos que nos tiende antes de darnos instrucciones precisas sobre el manejo de la embarcación y la ruta a seguir. Luego nos abandona a nuestra suerte.

El mokoro se desliza suavemente entre los estrechos canales de agua que se abren en medio de la abundancia de juncos, papiros y cañas. El sol ha alcanzado su punto más alto y me lastima la piel que he olvidado proteger con crema. Arturo y yo misma nos esforzamos en mantener la inestable canoa enfilada en el rumbo adecuado, remando con movimientos pausados, en perfecta sincronía. En medio del silencio de la hora más cálida del día, los obesos hipopótamos gruñen a diestro y siniestro, invisibles en sus escondrijos acuáticos. De vez en cuando oigo quejarse mis tripas de un ayuno de muchas horas. El chapoteo del agua, con su cadencia, me está amodorrando pese a que intento mantener el ritmo que marca Arturo, sentado a mis espaldas.

Pienso que el tobillo debe de dolerle mucho pues hace rato que no abre la boca para nada. El sudor me pega la camiseta al cuerpo y miro el agua oscura con ansias de darme un baño, aunque ni siquiera me atrevo a sumergir la mano por miedo a verla mutilada por alguno de los cocodrilos del Nilo que abundan en esta zona. Enderezo la columna y flexiono el cuello atrás notando tirantez en los músculos contraídos por una sobredosis de esfuerzo.

Con asombro, me doy cuenta de que estaba más alegre ayer, en la mina, y me dispongo a analizar este sentimiento. La causa es que la excursión está tocando a su fin. En menos de una hora alcanzaremos el embarcadero colindante al aeropuerto donde alquilaremos la avioneta que nos trasladará al final del trayecto. Acompañaré a Arturo al hospital, esperaré a que salga, ¿y luego qué? Adiós, encantado de haberte conocido, y hasta luego Lucas. Tan sólo conservaré el recuerdo de su abrazo de esta noche, motivado por el frío, y el de su peso sobre el hombro. Y este dolor también acabará

desapareciendo. Ni siquiera los hermosos nenúfares que nos regalan la vista con sus flores blancas o azules aciertan a consolarme. Entristecida, me digo con desaliento que no he sabido aprovechar la oportunidad que me ha brindado la vida y que mi situación actual no podría ser más deprimente, que no podría ser peor. Y, claro está, me equivoco. Siempre puede ser peor.

Por proa diviso el embarcadero, rimbombante nombre otorgado a una estrecha playa de arena sin nadie a la vista. La alcanzaremos en un minuto, mi último minuto a su lado. Las lágrimas se agolpan, pugnando por salir. Quizá a causa de ellas no me he fijado en el montículo negruzco hacia el que apunta el mokoro. Lo alcanzamos. Sin previo aviso, el montículo, que ahora noto perfectamente bajo mi trasero, se levanta, la canoa se eleva bruscamente, zarandeada como una coctelera y su contenido, o sea mi amor y yo misma, es expulsado con violencia hacia el cielo y, por la acción de la gravedad, desciende y penetra con un fuerte impacto en las aguas heladas del Okavango.

Pasado el primer susto, advierto que hemos atropellado a un hipopótamo, que éste se ha molestado, que es potencialmente peligroso y que lo mejor que puedo hacer es demostrar mis artes natatorias con una carrera desenfrenada hasta pisar tierra firme.

—Arturo, ¡corre! —consigo articular, y entonces me doy cuenta de que a él le ha tocado caer del lado bueno del mokoro y que casi está en la orilla.

Allí me dirijo, a una velocidad que nunca en la vida volveré a alcanzar. En el lado seguro, Arturo me tiende los brazos, con el propósito de cazarme en cuanto entre en su radio de acción. Ya casi he llegado. Me siento agarrada por la muñeca y aupada gracias a un fuerte tirón justo cuando las fauces de un cocodrilo en busca de pitanza están a punto de provocarme una grave minusvalía al arrancarme la pierna. Arturo y yo rodamos juntos por el suelo tranquilizador del embarcadero.

Él ha quedado tumbado de espaldas y yo, sobre él, me estoy clavando los huesos de sus caderas. Me sonrío.

—Vaya susto me has dado. Pensé que te perdía.

Con ambas manos acerca mi rostro al suyo y me besa en los labios. Un beso largo y profundo, mojado por nuestros fluidos y por las aguas del delta, un beso que deseo que no tenga fin.

Una de las elecciones más acertadas de mi vida ha sido la de mi oficio. Tuve la suerte de que mis padres opinaran que mis hermanas y yo debíamos estudiar y prepararnos para el futuro —un futuro en el que nos ganaríamos la vida con el sudor de nuestra frente— y que cuanto más tituladas estuviéramos, mejor. La opción del matrimonio, que en aquellos años se llevaba tanto para las mujeres, era para ellos del todo secundaria y no tenía nada que ver con nuestra formación.

Todo el mundo sabe que algunas profesiones, como la medicina y el sacerdocio, son vocacionales. En mi caso por ejemplo, tuve un profesor de apoyo de mates —siempre he sido una patata en esta materia— que estaba en primer curso de medicina y que, entre problema y problema, me contaba sus maravillosas experiencias en la facultad. Y yo me pirré por él y, de paso, por sus estudios. Aunque imagino que los genes también tuvieron algo que ver. Mi abuelo materno era ginecólogo. Él en realidad había querido ser músico, pero mi bisabuelo, que había criado cuatro hijos, tres de ellos universitarios, le dio dos únicas opciones al benjamín de la casa: médico o sacerdote. Y claro... El pobre se tuvo que conformar con tocar el violín entre visita y visita.

Mi madre, en cambio, siempre había querido ser galeno, pero después de la guerra creció sin su padre y, como la familia no andaba muy boyante y mi abuela consideraba que aquéllos no eran estudios de señorita, le tocó contentarse con un profesorado mercantil y aguantarse hasta los cuarenta años, edad en la que decidió, con el apoyo de su marido, que ya iba siendo hora de

cumplir su sueño. Total, que pasó las pruebas para mayores de veinticinco años y se matriculó.

Me llevaba un curso y nos cruzábamos todos los días en los pasillos del Hospital Clínico, cosa que me encantaba, pues es normal que te apetezca un montón a los dieciocho años encontrarte con tu madre en casa y en la facu, que vea con quién andas, si haces novillos o si te fumas un pitillo, algo que tienes terminantemente prohibido. Mi madre, a la que admiro mucho por ello, acabó sus estudios e hizo la especialidad, pero no cualquier especialidad: fue la primera mujer urólogo de España.

Y yo, gracias a ella y al destino, en lugar de ser ginecóloga como había pensado en un principio, entré a formarme en un servicio de rayos X. Digo «gracias a» porque me he dado cuenta con el tiempo de que no sirvo para la gine. Las pacientes mujeres somos especialmente pesadas. Cuando le meto un transductor vaginal a alguna fémina, no para de hablar ni de dar la tabarra. Que si míreme bien el ovario derecho que me duele, que si dígame si me ha crecido el mioma, que si a ver por qué no me quedo embarazada, que si no me mienta y júreme que no tengo nada malo. Y las que acuden a hacerse una mamografía, no digamos. Como que están muy sensibilizadas... Buf.

En cambio un hombre preparado para una ecografía testicular, con sus partes al aire, no dice ni mu. Y si encima es una hembra la que le está presionando los huevos con una sonda, se queda más callado que un muerto —por si acaso, supongo. ¡Angelitos! Tan monos y con esa cara de no haber roto un plato en su vida —doctora, ¿puedo preguntarle una cosa? dicen con un hilo de voz—, y lo cabroncetes que llegan a ser a veces.

Hace años, cuando empecé a practicar ecografías escrotales o peneanas, me divertía de lo lindo observando las actitudes de mis pacientes (soy de las que opinan que el trabajo tiene que divertir). Los más pudorosos eran los de treinta y cinco a cuarenta y cinco años. Claro que yo entonces andaba en la treintena e impresionaba

más que ahora. En cuanto les dejaba sin calzoncillos se incrustaban en la camilla y parecían tener ganas de estar en cualquier sitio excepto allí. En cambio los jubilados, que con la edad pasan de todo, salían del vestuario en cueros (y no por indicación nuestra) y se empeñaban en que les explorara —toque, doctora, toque, me apremiaban—, y me veía obligada a palpar los hidroceles (líquido en las bolsas) con las manos enfundadas en asépticos guantes.

Los jovenzuelos eran y son todavía los más naturales, aunque ahora su aspecto es diferente porque se ha puesto de moda retocarse los bajos. Me refiero al vello. Durante milenios el pelo tuvo una función más importante que la meramente decorativa de nuestros tiempos, aunque ya no se le considera ni eso. Un veinte o treintañero que se precie tiene que depilarse al menos la espalda y el pecho, a veces los muslos y las piernas, y, si quiere estar sexy, dejarse un triángulo en el pubis y, por supuesto, llevar los huevos calvos.

A mí, como ya habrán notado, me gusta horrores hacer estas ecografías porque siempre aprendo algo. Por ejemplo, yo antes no tenía ni idea de que a muchísimos hombres les dolieran los huevos. A los jóvenes sí, por el típico calentón. Pero a los mayores todavía no he descubierto por qué. Vayan a saber. ¿Será por los berrinches que cogen a diario al ver lo mal que va el mundo? Ah, y a las mujeres también les duelen los ovarios. En ambos me refiero a molestias sin causa médica visible que las justifique. Otro punto en común hombre-mujer es que todos, absolutamente todos, cuando termino la exploración y van a vestirse, parecen muy concentrados en algún tema de la máxima trascendencia y cuando ya casi cruzan la puerta, dan marcha atrás y me lo sueltan. Doctora, ¿puedo consultarle una cosa? Yo ya tiemblo, o rilo, como diría Arturo. Llegó el momento del consultorio sexual, que si a ver qué hago porque mi mujer no tiene nunca ganas, que si mi marido me persigue por toda la casa, que si he perdido fuerza, que si al hacer eso me duele, que si por qué funciona muy bien con la querida pero no con mi mujer, con perdón por mi atrevimiento, y un largo etcétera de confesiones.

Me hizo gracia un día en que una paciente de buena presencia pero ya mayor llegó con retraso a la visita y se excusó alegando que había estado haciéndolo y añadió que su marido de setenta años era muy marchoso. Es que es francés, fue la explicación que me dio. Vaya, pensé, pues tendré que buscarme para la vejez un amante gabacho, a ver si me alegra la vida.

Mi especialidad, que ahora se llama diagnóstico por la imagen en lugar de radiodiagnóstico, es fascinante. Y está en constante evolución. En mis albores todavía se revelaba a mano, sumergiendo las películas en grandes tanques, y siempre le quedaba a uno de recuerdo alguna que otra mancha de revelador o fijador sobre la ropa. Luego empezamos a trabajar en la cámara oscura y de ahí pasamos a las reveladoras de luz de día. También en mis inicios hacía de fotógrafo. Ahora en cambio el radiólogo se dedica a diagnosticar e informar y son los técnicos quienes disparan las placas. Cuando empecé, a finales de los setenta, trabajaba exclusivamente con rayos X, pero sin la tomografía axial computarizada (TAC). Luego tuve que aprender ecografía de abdomen. Ahora los ultrasonidos se usan para estudiar cualquier parte del cuerpo. Después llegó la resonancia magnética. Y la TAC de alta resolución. Y el PET. Y la TAC helicoidal. Y más cosas. Actualmente se están digitalizando todos los servicios de diagnóstico por la imagen. Imagino que allí donde estoy, en una población colindante con Barcelona, nos llegará a su debido tiempo.

Quiero decir con esto que mi especialidad puede ser cualquier cosa menos aburrida. Me he pasado toda mi vida laboral estudiando y reciclándome. Pero como nada es perfecto, a veces pienso que debería de trabajar en un hospital y no en el ambulatorio. Y es que vemos poca patología y uno a veces se pregunta para qué ha estudiado tanto si luego lo único que se le permite diagnosticar son artrosis y piedras en la vesícula. Al menos un noventa por ciento de las exploraciones que practicamos son normales. Hoy en día se acude al médico por cualquier bobada porque la gente vive asustada.

Hay demasiada información y demasiado Internet, lo cual en sí es bueno. El problema es que va a caer en las mentes de personas que no han tenido ninguna formación sanitaria y claro, se confunden y se espantan. Entonces no sólo vienen a consultarnos sino que nos exigen con frecuencia cosas que no tocan. Y como los políticos de turno ya se encargaron en su momento de desprestigiar la profesión, como además existe saturación de pacientes y escasez de médicos y de recursos, pasa lo que pasa: enfrentamientos, quejas, malos rollos. A mí me han gritado a pocos centímetros del rostro y me han agarrado varias veces por las solapas de la bata, una de ellas luciendo yo un bombo de siete meses. Nuestra sociedad se ha vuelto demasiado agresiva. Hemos abandonado en el camino los buenos modales: cuando un usuario saluda al entrar en la consulta, pongo cara de besugo; por la sorpresa, claro; si encima es amable conmigo, me caigo de la silla.

La inmigración ha puesto una nota de color, a veces divertida, en mi trabajo. Todo aquel que piense que en Cataluña se habla catalán, anda errado. Para empezar, mis colegas son: dos argentinos, un palestino de Jerusalén y una uruguaya. La información que hace referencia a la preparación que el paciente debe cumplir para las ecografías está redactada en dos lenguas que puedan comprender, a saber: el castellano y el árabe. Sin embargo, en numerosas ocasiones es imposible comunicarse con el paciente a causa de la lengua. Con los chinos uso el lenguaje de los signos. Con los paquistaníes, los indios y los africanos de habla inglesa, un inglés simplificado que en nada se parece al que estudié en su día en el British Council. También en este caso es más fácil tratar con hombres, que, por trabajar fuera de casa, trapichean un poco nuestra lengua. Afortunadamente, muchas usuarias acuden con hijos de corta edad, algunos de los cuales hablan el catalán mejor que los de aquí. Total: como norma, uso el castellano. Resultado: entra una indígena acérrima quejándose por el idioma y tengo que explicarle que mi

única pretensión es hacerme entender, que debido al volumen de gente foránea, bla, bla, bla. Nunca llueve a gusto de todos.

Otra curiosidad son los informes de las edades óseas. Se practica una radiografía de la muñeca y se valora según unos parámetros en los cuales es determinante conocer el sexo del niño. Entonces buscamos el nombre del crío en la petición, y claro, con los de aquí, está chupado: María para ella, Juan para él. Y si es Ahmed, *cap problema*. Pero ¿a quiénes pertenecen nombres tan exóticos como Haizhu, Paramjeet, Shanaz, Bouchra o Syeda? A saber...

Una característica común a todos los radiólogos (por extensión, a los médicos) es que disfrutamos como enanos cuando se nos presenta un caso interesante, uno de aquellos casos hermosos que por desgracia suelen ser dramáticos para el paciente. Entonces lo comentamos con los compañeros, lo consultamos en los libros de nuestra biblioteca o incluso lo llevamos a los eruditos del hospital. Estos casos infrecuentes son los que mantienen viva nuestra ilusión y nuestra fe en la profesión que en su día elegimos. Y no es que seamos gente malaje que goza con las desgracias ajenas; simplemente, al tedio de tanta patología nimia le viene bien el entretenimiento que proporciona alguna más compleja, que además suele dar sobre la placa radiográfica o en la pantalla del ecógrafo una imagen realmente hermosa. No olvidemos que los radiólogos somos fotógrafos de interiores, que trabajamos con un material similar a estos otros profesionales y que a ambos nos hechiza el mundo de la imagen.

Desde aquí quiero darle las gracias a Roentgen, a la ciencia y a la ingeniería por haber hecho posible que mi profesión exista. Y a la genética y a aquel profe de mates por haberme acercado a ella.

Por cierto, he visto que en el avance de la vigésima tercera edición del DRAE, en cuanto a la palabra médico, sigue haciéndose hincapié en lo siguiente: la forma en masculino debe usarse para designar el femenino. *Julia es médico*.

VII

Barcelona Barrio del Raval. Cuatro y media de la madrugada.

Salgo de una cena con tertulia en casa de unos amigos que se han montado el pisito en una de las zonas más *in* de la ciudad. Decido caminar hacia Colón y quizá pillar uno de los escasos taxis que faenan a estas horas —los pocos que se atreven a lidiar con la inseguridad y a aguantar las largadas de pota de los borrachos. De repente, alerta roja: tengo pis. Olvidé pasar por el baño antes de irme. Varias birras, adecuadamente filtradas por mis riñones, han descendido por los uréteres y llenado la vejiga, que está a rebosar. Y, como es de rigor, los baretos están chapados y no hay siquiera una cutre-discoteca a la vista. Por cierto, la pestañí tampoco está currando por la zona. Pero estoy de suerte. No me he topado con ningún hijo de puta sacadineros capaz de seccionarle a uno la yugular por unos pavos, ni con ningún violador de uiquén carcelario.

La urgencia es tal que estoy por copiar a las negras africanas que se despatarran de pie, se apartan las bragas si las llevan, mean y listo. Noupróblem. Pero una tiene su bagaje educacional y esas cosas. Total: hay que joderse. Taconeó con prisas hacia el mar por las estrechas calles cuando me viene a la cabeza una noticia chocante que leí hace un par de meses en el periódico. Estoy

salvada. Cruzo la Rambla a la carrera hasta la diminuta Plaza del Teatro. Allí, el dramaturgo y poeta Frederic Soler, sentado sobre una silla en lo alto de una columna, otea la ciudad. Detrás de la estatua del escritor, que en su primera etapa se hizo llamar Serafí Pitarra, descenden las escaleras —caballeros por un lado, señoras por el otro— que conducen a los urinarios públicos que pretenden acabar con el nuevo resurgir de la fea costumbre de orinar en la calle. Por cierto, es gratis, y el lugar es de diseño —cuidadín, que estamos en Barcelona, capital fashion donde las haya—, está conectado a la Urbana las veinticuatro horas, y dispone de una amplia garita acristalada para el vigilante, con ordenador y circuito de video.

La noticia que mentaba antes era que el distrito de Ciutat

Vella había celebrado el centenario del monumento a Pitarra con mucho pitorreo, me parece a mí. Resulta que los soplapollas de turno decidieron adelantar la celebración siete meses para hacerla coincidir con la inauguración de los urinarios. Pobre Serafín. Él, cuyo monumento pudo erigirse gracias a una suscripción popular, fue todo un personaje. Padre del teatro catalán, su obra *Batalla de reines* fue galardonada por la Real Academia Española de la Lengua en 1887, fue autor de numerosos dramas de ambientación rural y participó en la redacción del texto que pronunció el Conde de Chester el 23 de septiembre de 1868 durante la Revolución de Septiembre, en un intento de tranquilizar a los catalanes. Este escrito es famoso por su final: *Catalanes, amemos el trono de los Peres y los Jaumes, de los Alfonsos, Isabeles y Fernandos. ¡Viva Isabel II! La Religión y la Monarquía legítima son el puerto de náufragas naciones.*

Mucho debió de cambiar Pitarra para convertirse en un

Frederic Soler conservador tras escribir obras satíricas que eran una provocación continua a la moral burguesa de la época. A este período pertenecen *La botifarra de la llibertat* donde ridiculizaba el fervor patriótico, *La pau d'Espanya*, en la que ironizaba sobre la

campana del General Prim en África, y *El castell dels tres dragons*, parodia de las actitudes heroicas que tanto agradaban a los modernistas.

A todo esto, he hecho pis y me alejo de los urinarios en dirección al metro de Urquinaona. Ando tranquilamente y casi en solitario. En la confluencia con Plaza Cataluña, percibo un ruido a mis espaldas. Están regando la Rambla con gruesas mangueras, y el agua, dibujando meandros, fluye y converge en riachuelos que descienden hacia Colón. En el centro del paseo, entre chorros multidireccionales, nace la elegante figura de Antonio Gades, zapateando con porte orgulloso en la escena final de *Los Tarantos*. Sonrío y suspiro ante la nostalgia del recuerdo. Olé tus huevos, Antonio.

Se habrán dado cuenta de que no he empezado con uno de mis sueños con Arturo. No se debe a una falta de material pues en mi vasta imaginación tengo guardados muchísimos más. Simplemente me apetecía cambiar. Si son ustedes adictos a El Semanal o suelen conectarse a xlsemanal.com, sabrán que he intentado escribir una columna como la de A.P.R., con cruciales diferencias, por supuesto. No tengo, ni mucho menos, la pretensión de estar a su nivel, aunque le haya copiado el estilo.

Quiero pedir perdón a mi padre, en paz descanse, por el lenguaje empleado en esta columna. Él jamás pronunció según qué palabras ni se expresó en según qué términos. Y siempre estuvo al tanto de controlar la lengua de sus hijas. Mi padre, aparte de ser muy educado y refinado, era un hombre docto. Tenía en su haber tres títulos universitarios: ciencias exactas, ciencias físicas e ingeniería politécnica. Y era tan bueno en ciencias como en letras. En casa, siempre andaba con un libro en la mano. Recuerdo una anécdota de cuando yo era pequeña, que sucedió estando los dos de camping en

los Alpes. Una tarde, de regreso a la tienda, me miró con desespero: «¿No tienes nada para leer? —preguntó angustiado—. He terminado mi libro». Y yo, que siempre trajinaba alguno, respondí que sólo un par volúmenes del Club de los Cinco. Sin pensárselo dos veces, se los pulió en un plis plas y se quedó, si no satisfecho, al menos más relajado. La lectura era su vicio. En casa, desesperaba a mi madre al regresar de sus viajes a Francia con maletas llenas de libros que compraba en Hachette, en Grenoble, porque le gustaba leer en francés. Además de disponer de bibliotecas en el despacho, en el salón y en el cuarto de estudio, los pasillos empezaron a criar estantes del suelo al techo, tanto en Barcelona como en Arenys de Mar, y mi madre comenzó a agobiarse. Yo estaba encantada porque la abundancia propiciaba el que ambos tuvieran los libros fuera de control. Así, pude acceder a los clásicos cuya traducción me hacía sudar tinta china, muchos de ellos bilingües: latín-francés, griego-francés. Y más adelante tuve ocasión de empaparme de aquellas lecturas de dos rombos para los adolescentes: *Lolita*, *El descanso del guerrero*, *La piel*, y un largo etcétera.

Mi padre se parece al abuelo de Arturo, quien comenta en El Semanal, en «Librería del exilio»: *mi abuelo era un señor con biblioteca y cosas así. Un caballero de cuando los había, con maneras, que usaba sombrero para poder quitárselo delante de las señoras y de los curas, aunque era republicano y a estos últimos los despreciaba; porque una cosa no impide la otra...*

A mí esta descripción me hace pensar en mi progenitor que acompañaba a su esposa a misa en días señalados a pesar de ser ateo convencido. Como francés, también era republicano y el segundo velero que hubo en casa —mejor dicho, en el puerto de Arenys—, fue bautizado como *Ça ira*, que significa todo irá bien. Estas dos palabras forman parte de un estribillo que cantaban los franceses durante la revolución y que decía: *Ça ira, ça ira, ça ira, les aristocrates on les pendra*, o sea: todo irá bien, colgaremos a los aristócratas.

A Arturo le gustan los franceses porque tienen *una verdadera democracia que se ha logrado porque en su día decidieron que una república era una cosa seria, colectiva y solidaria*, según manifestó en «Por qué me gustaría ser francés». También opina que *aunque un pelín fantasmas, ya saben, la Frans y todo eso, nuestros vecinos de arriba se toman las cosas marinas en serio. Allí, quien la hace, la paga* (de: «Manguras tiene nombre de tango»). La cosa iba del *Prestige* y de otros vertidos contaminantes descontrolados.

A estas alturas del libro, ha sucedido algo grave: estoy en crisis o, dicho de otro modo, tengo un bajón. De repente, todo esto me parece una gilipollez. Cuando le entregue este texto a Arturo, si es que consigo abordarle de alguna manera, se va a reír en mis narices, me va a mirar con condescendencia y con cierto repelús, como se mira a un gusano antes de aplastarlo, o me va a pegar un bufido y me voy a quedar sin palabras. Francamente, me he planteado romper todos los folios y presionar la tecla «supr» del ordenador para que borre con un clic todos los archivos A.P.R. del disco duro.

No sé por qué me he metido en esto, pero hoy quiero pasar del asunto, olvidar, dedicarme a otras cosas. A salir de farra, por ejemplo. Hace unos meses que rechazo las invitaciones entre semana porque si me acuesto tarde, no soy capaz de levantarme pronto a darle a la tecla. Y esto sería un drama porque escribir tiene para mí prioridad absoluta. Siento que mi cerebro hace aguas y que un nudo de angustia me escaña. Lo peor: no tengo nada claro. A pesar del emborronamiento cerebral conecto el ordenador, decidida a acabar con el dichoso tema aunque ciertas palabras que retumban en mi cabeza me están carcomiendo: no seas estúpida, no lo hagas, aguanta el chaparrón.

Por suerte, es viernes. Siempre es una maravilla que sea viernes, pero hoy aún más. Suena el teléfono y mi amiga Olivia, vástaga de la Olivia que ya les he presentado, me cuenta que se va a su nuevo piso de la Cerdaña francesa a pintar paredes y puertas. Y yo, mientras me

pone al corriente de sus cosas, dudo, y dudo, y dudo (Olivia tiene pali que para rato). Hostia, tía, no seas imbécil, me insulto. Y propongo ir a echarle una mano. De pintura. Al piso. Cuando vuelva, veré qué hago con A.P.R..

He regresado con los miembros superiores entumecidos pero con renovadas energías —las manualidades relajan que da gusto— y he decidido liarme la manta a la cabeza y seguir con esto. Allá vamos.

Durante todo el libro, aparte de martillearles con mi pasión por el famoso escritor y de intentar explicársela a ustedes y a mí misma, he buscado los vínculos que me unen a él, vínculos que se refieren a nuestra educación, nuestra personalidad y nuestra forma de ver la vida. Aunque les parezca baladí, pues estamos hablando de sueños y no de realidades, quiero pensar que él y yo podríamos llevarnos muy bien. Y, ya puestos, hacer buena pareja.

Por ello intentaré analizar algunas de nuestras diferencias y nuestras semejanzas y establecer un paralelismo entre su trayectoria y la mía. Bueno, dicho así queda muy serio, pero no se asusten.

Yo, como cualquiera, tengo mis preferencias en materia de hombres... y de mujeres, aunque esto, ahora, no viene al caso. Me atraen los hombres con las ideas claras, bien asentadas sobre un fondo consistente, capaces de exponerlas sin tapujos, independientes y con sangre en las venas. Podría parecer que estas premisas no son nada del otro mundo. Craso error. Tal como está el patio, con la moda de los metrosexuales y los übersexuales, los varones se han vuelto cobardes y lloriqueantes. Yo, cuando pienso en alguien que tiene un par de cojones (ya hablo como Él), me viene a la cabeza la imagen de una mujer. Se está confundiendo sensibilidad con sensiblería. Tener sensibilidad es darse cuenta de las cosas y hacer algo para mejorarlas o arreglarlas, es decir actuar. La pasividad, los

lamentos, no sirven de nada. Más bien me parecen una afrenta, una puñalada trapera al problema que nos ha sensibilizado. Esta debilidad de nuestra generación —y de las que le siguen— la vivo de manera habitual en la consulta.

Cuando hago repetir una placa de la mama a una mujer de cuarenta o cincuenta años suele echarse a llorar a pesar de haber perdido el técnico o yo misma cinco largos minutos explicándole que no ocurre nada, que es simple rutina. En cambio, las abuelas octogenarias muestran una fortaleza ejemplar. Muchas son viudas y viven solas, les tocan diana a las siete de la mañana para cuidar enjambres de nietos, tienen hijos enfermos y maridos con Alzheimer o con un cáncer terminal. Suelen estar muy ajadas y arrastran unas artrosis de caballo. Sin embargo, tiran del carro como si nada. Incluso se enfadan cuando intento ayudarlas a tumbarse en la camilla: «Deje, deje, si puedo sola». Y ya lo creo que pueden. Ellas aprendieron a soportar frustraciones y desgracias y no tienen tiempo para supuestas depresiones —la mayoría de las así etiquetadas no lo son—y demás enfermedades que antes se llamaban psico-somáticas y que ahora se han bautizado con otros nombres y han adquirido gran relevancia. Y es que las modas también afectan a la salud. Yo, cuando me cae entre manos uno de estos pilares, una de estas columnas vertebrales de la familia, me echaría a llorar de agradecimiento al comprobar que estas personas realmente existen.

Volviendo a mi tipo de hombre, ésta vez referido al físico, me gustan los tipos altos, delgados y con pelo. En la cabeza, claro. Aunque una no siempre sigue sus inclinaciones fenotípicas. Por ejemplo, si una liga con uno que se ha quedado sin cabellera, el pobrecito, pero que, por aquellas cosas de la vida, lo que ha perdido por un lado lo ha criado por otro, pues una, que es mujer y comprensiva, se sacrifica, claro. No vaya a ser que por el hecho de ser calvo, se nos vaya a deprimir si le hacemos un feo. Quiero decir que nada es absoluto, incluso los gustos, que están en relación con el

momento y la necesidad. Y ya que hablamos de ligues, ¿alguien podría decirme si conoce la palabra «mujeriego» aplicada a nosotras? En el DRAE pone: dicho de un hombre, dado a las mujeres. ¿Y nosotras qué? ¿Hombrieriegas? ¿Varoniegas?

Puesto que tocamos el tema sexual, recuerdo que hace unos meses, mientras esperaba que empezara una función de ballet en un teatro del Paralelo barcelonés, comenté a unas amigas mi proyecto de escribir este libro y de conocer personalmente a A.P.R.. Y una de ellas me soltó, sorprendida: «¡Pero si es gay!» Y a mí, qué quieren que les diga, me costó imaginármelo de gay pudiente con pareja joven y necesitada. Sí le veo, en cambio, con una pareja joven (hembra a ser posible) porque en sus libros, sus personajes masculinos maduros suelen andar con mujeres de edad bastante inferior, tema que aparece reiteradamente en los foros sobre el escritor, en Internet. Aunque a mí no me sorprende. Los hombres, sobre todo si son clásicos, prefieren chicas que puedan lucir ante los amigos y que les estimulen más sexualmente.

En fin, yo no quise indagar siquiera sobre aquella supuesta homosexualidad aunque por lo que sé de él no me parece que sea gay; sin embargo, me quedo con una duda razonable porque tal y cómo está el patio, una nunca sabe a qué atenerse. Más tarde, mientras observaba las evoluciones de los bailarines, me dije: ¿Y qué, si es homo? Como amante virtual me sirve lo mismo. Tengo experiencia en el asunto porque yo ya estuve prendada antes de Rudolf Nurejev. Además, si una persona me dedicara un libro porque se había enamorado de mí, yo me sentiría muy halagada, fuera el autor varón o hembra. Total, ¿qué más da?

Casualmente... o no, aquel domingo Arturo publicó el artículo «Parejas bonaerenses», en el que escribe: *...sigo observando a los dos hombres sentados en la mesa cercana. Al fin, cuando uno de ellos me mira, le sostengo la mirada porque no parezca rechazo descortés, y al cabo de un instante la aparto, para que tampoco piense —cada cual tiene sus opciones— que tocamos la misma tecla.*

En «¿Me da usted candela?», después de reconocer que es de emociones secas, o sea que no llora, dice: *Con permiso de ustedes, acabo de soltar unas lagrimitas. Discretas, ojo. Tampoco es cosa de amariconarse a estas alturas.* Sin comentarios.

Arturo me tiene encandilada porque es muy diferente a los hombres que corren por ahí. Y tiene una forma de decir las cosas... ¿Han observado que, en sus artículos de opinión, no usa puntos de exclamación? Vamos, que no se exclama, que no se admira. Yo en cambio sí me admiro de algunas frases suyas. En el artículo «Viejas palabras que nadie enseña», recuerda el significado olvidado de términos como honradez, honor o decencia, y concluye: *Ahora, honrado es sinónimo de tonto, y en la puerta de los servicios de los bares llaman señora y caballero a cualquiera.* En «La foto de la zorrimodel», hablando de pedorras autóctonas, ... *una revista donde aparecía, muy suelta y en un pase de modelos, una guarra profesional de ésas cuya bisectriz del ángulo principal —expresado con delicadeza geométrica— es de dominio público.* Como diría cierto presentador de concursos de Baracaldo y signo leo del zodiaco para más información: «Es bueno, es muy bueno».

VIII

Bien, ya que acabo de darles a conocer mis inclinaciones en cuanto a hombres se refiere, voy a intentar demostrarles por qué Arturo y yo haríamos muy buena pareja. Y no sólo por las cosas que tenemos en común sino por aquellas en las que somos radicalmente opuestos, bienvenidas sean, pues sería mortalmente aburrido estar de acuerdo en todo. Lo bonito de la diversidad son precisamente las diferencias.

Yo, por ejemplo, no tengo perro, aunque tuve. Como a la mayoría, me gustan los animales y me parece entrañable que a Arturo le gusten tanto los perros y que esté tan encariñado con el suyo. Mordaunt se llama —espero no meter la pata y que todavía se llame. Y es un labrador. La primera vez que vi este nombre escrito revisé los cajoncitos de mi memoria por si estaba escondido en alguno, pero fui incapaz de hallar nada. Entonces me dije que sería un error de imprenta, que habían puesto una u de más y que el can llevaba por nombre Mordant. Porque éste me cuadraba más: Arturo sabe gabacho y en este idioma significa mordedor o mordaz, por cierto dos apelativos aplicables al dueño del perro. Pasé totalmente del tema hasta que volví a ver el nombre escrito y ya no me cupo ninguna duda. Dos errores eran demasiados errores. Entonces el cajoncito se abrió y recordé: Mordaunt, hijo de Milady, el que busca vengarse de los tres mosqueteros y que muere a manos de Athos con una puñalada en el corazón. Todo esto ocurre en «Veinte años después», la segunda novela de la trilogía de Alejandro Dumas padre.

Luego, siguiendo con el tema, recordé un dicho que sé en francés, con el que Arturo seguro que está de acuerdo: *Más conozco a los hombres, más me gusta mi perro*. En el artículo: «La perra color canela», dice: *Ningún ser humano vale lo que valen los sentimientos de un buen perro*. En: «Sobre mendigos y perros», se reafirma: *Amo a los malditos cánidos más que a las personas*.

A mí me entristece esta forma de pensar porque traduce una gran decepción respecto al género humano. Es además tedioso convivir con un animal como si fuera una persona porque los perros son dominables y nunca se quejan, no plantean dilemas, no se rebelan, siempre están de acuerdo. Por otra parte también sirven para compensar carencias afectivas. ¿Será que Arturo necesita mimos?

Seguimos con los animales de compañía. Al dueño de Mordaunt casi nada le hace saltar las lágrimas: *los perros y poco más*. Dice —y me repito— que es de emociones secas. Imagino que opina que los de sexo masculino no lloran. Pero hombre, si incluso lloró Muhammad XI, Boabdil para los cristianos, tras entregar las llaves de Granada a los Reyes Católicos. Si cuando salía de la ciudad, camino del exilio, la sultana Aixa, su madre, le reprendió con la célebre frase: «No llores como mujer lo que no has sabido defender como hombre». Claro que él se lamentaba por algo serio. Tampoco me gusta que un hombre suelte el trapo por cualquier bobada. Para eso ya existimos las de sexo femenino que estamos habituadas a ser más expresivas y a controlar menos, porque de eso se trata sobre todo: de control de fluidos. Yo, la verdad, cuando me apetece reír, me río, y cuando me apetece llorar, lloro. O sea que no me complico; hago exactamente lo que me viene en gana a cada momento, sin importarme si estoy en público —donde me contengo lo justo— o en privado. Esta facilidad de expresión nos ahorra muchos infartos de miocardio y muchas úlceras gástricas. También debo señalar que cada año que pasa es más infrecuente que se me salten las lágrimas. ¿Será que la edad curte, que llorar por paparruchas ya no tiene aliciente, o que veo las cosas bajo otro prisma?

En realidad, si no tengo perro es sobre todo por falta de espacio. Se lo voy a explicar.

Con los años y los saltos que ha dado mi vida, me he desprendido de muchos bienes materiales y he escogido vivir con

sencillez, suprimiendo una parte importante de lo prescindible. Eso lo he aprendido de Dani. En una época en que me estaba aburguesando, mi hijo me abrió los ojos, me demostró que es posible reducir las necesidades y saltarse a la torera el consumismo gilipollas al que nos induce la sociedad. Claro que la ideología de Dani, —arremeter contra lo establecido—, no se corresponde con la mía. Sólo que estoy de acuerdo en que la simplificación minimiza los quebraderos de cabeza y resulta más práctica.

En el tema vivienda por ejemplo, he pasado de ciento cincuenta metros cuadrados hace diez años a los cuarenta y tres actuales, y de Sarriá a Pueblo Nuevo, con la ventaja de la cercanía del mar y de una boca de metro a la vuelta de la esquina. Jamás circulo en coche por ciudad porque me pone de los nervios y porque en el metro se puede leer y conduciendo no, aunque llevo siempre algo en el coche por si hay caravana. Además, como tengo un piso en el Ampurdán, me va genial vivir del lado Besós de la Ronda Litoral, así no pierdo una hora para cruzar Barcelona cuando me voy de finde ni cuando regreso.

Mi actual barrio era antes muy catalán, y ahora es muy pakistaní y muy magrebí. Al lado de casa viven unos moros —siempre se han llamado moros, con todo el respeto del mundo—, que unas tres veces por semana a partir de las diez de la noche se ponen a cargar una enorme furgoneta con muebles, electrodomésticos, teles y bicicletas, y como tienen un hablar duro y no controlan el volumen, me lanzo a menudo a la calle a pedirles educadamente que se callen. Y lo hacen. Yo siempre había pensado que si me obedecían a mí, mujer, era porque andaban metidos en trapicheos poco legales, hasta que alguien opinó que seguramente alquilaban o cedían la camioneta para hacer mudanzas hasta Gibraltar.

Mi estudio forma parte de una casa de dos plantas similar a las otras casitas del pasaje. Somos cuatro vecinos, tres mujeres y un hombre, uno por piso, comunicados por un patio interior, adornado

en primavera y verano por una imponente planta de marihuana, propiedad de él, que la cuida y la mimó como a un hijo.

Cuando se entra en mi *loft*, todo está a la vista, excepto el baño. El dormitorio queda a medio camino entre el suelo y el alto techo y tiene como única protección una barandilla a la cabeza y otra a los pies del colchón, colocado directamente sobre el parqué. Se accede a él por diez empinados escalones de madera.

Y cada vez que invito a alguien a dormir, se repite la misma escena cuando se levanta por la noche, medio zombi, para ir al baño. Lo normal es que no recuerde que el techo es bajo y que al incorporarse se pegue un cabezazo. ¡Bum! Luego se engancha el pie con la pata de la barandilla que sobresale en un sitio inadecuado. ¡Uy! Después comienza a bajar la escalera de cara, a riesgo de romperse la crisma. Por entonces ya estoy despierta y enciendo la luz a la vez que grito: ¡De espaldas! Baja de espaldas. Como en los barcos —añado, por si sirve de algo. Y me digo: cada vez igual. Cuando regresa del servicio, me da un beso y me susurra al oído que es un peligro acostarse conmigo.

Mi madre, más pragmática y menos agradable, pronostica que antes de lo que imagino, debido a la edad, tendré que cambiar el dormitorio de sitio, porque si la artrosis... , porque si me tienen que operar... , y otros porqués. ¡Madres!

Sé muy poco de La Navata, pero puedo adivinar que Arturo es mucho más sibarita que yo en el tema vivienda. Me imagino su casa con una *gran biblioteca formada con la labor y el cariño de años* (de: «Botín de guerra»), biblioteca que seguramente irá en consonancia con un espacio y un entorno adecuados. Y que, según «Noventa y cinco centímetros», *sables, espadas, entre ellos un tosco sable de abordaje, un elegante espadín de oficial de marina del siglo XVIII, algún florete, y un largo etcétera*, precisan, para ser convenientemente admirados, de una morada que se asemeje más al Castillo de Moulinsart que a mi cuchitril, por muy bombonera que sea.

Todo lo anteriormente expuesto se refiere a ínfimas diferencias entre el famoso escritor y una servidora. La mayor es la que sigue.

No sé ustedes, pero yo a Arturo le encuentro muy español, demasiado español. Y a mí me gustaría más que fuera sobre todo cartagenero... o murciano. Ya sé que no se emociona *cuando veo saltar un salmonete en la punta de Cabo Palos ni cuando oigo una minera en La Unión* (de: «La boquita del senador»). Ni falta que le hace. Aunque en: «Homesplante la hueva emporá», me sorprendió mucho con *...y a mí también me sale el cartagenero cuando estoy con mis paisanos o cuando me cabreo y miento el copón de Bullas*. Pues vale. Me recuerda a mi padre que hablaba siempre en catalán con nosotras pero que a la hora de enfadarse prefería el francés. El título es una reproducción literal del andaluz más cerrado y se traduce así: ¿Cómo te planteas la nueva temporada?, pregunta formulada a un deportista.

Yo, en el tema patria, soy diferente. A mis quince años, me llevaba las canciones de protesta de Raimon a Grenoble durante las vacaciones de verano e inundaba la casa de mis abuelos con «Quatre rius de sang» o «Diguem no», y con las lágrimas que derramaba llorando de añoranza a moco tendido y sintiéndome catalana de pies a cabeza. Lo cierto es que, en mis *teen*, hasta que logré desembarazarme del Liceo Francés primero y de la nacionalidad francesa después, le cogí tirria a todo lo que atufaba a gabacho.

Lo de la nacionalidad tiene delito. Resulta que mi padre fue siempre exclusivamente francés y que mi madre era francesa para Francia y española para España. Pero para ambos países, los hijos eran fruto de la unión de francés y francesa, o sea que eran franceses. Con lo cual yo, que había nacido, vivido y estudiado en Barcelona, era francesa, y lo fui hasta que a los veintiún años me casé con un español. Tuve que hacer un viaje a Madrid, al Ministerio de Justicia, a pegar cuatro gritos para que se dieran prisa porque no podía colegiarme o sea que no me podía ganar la vida como médico

(me licencié joven, a los veintidós, porque cumplo años en octubre y porque había adelantado el Preu). Luego quedé tan asqueada que no renové jamás mi pasaporte francés. Ahora, como somos todos comunitarios, ya da igual. Mi amigo Pep, que sueña con una Cataluña libre, tiene en su haber un pasaporte que tiempo ha corría por mi tierra: el pasaporte catalán. Y lo bueno del caso es que lleva el sello de Mali, pues lo usó, y coló, en la aduana de dicho país en uno de sus viajes.

Dice Arturo que todos somos nacionalistas de algo: la lengua, la memoria, la cultura, la infancia o el fútbol. Y que sabe, porque viaja y lee libros, que no hay nada más conservador, inculto y reaccionario que un nacionalismo radical. Así lo creo yo también.

Nunca he sido una catalana separatista. Sólo que me siento orgullosa de haber nacido «en el rovell de l'ou», como decimos aquí (la yema del huevo, lo mejor). He tenido esa suerte. La mayoría de barceloneses nos identificamos mucho con nuestra ciudad, la de Gaudí, la del Barça y la de los Juegos Olímpicos. Sin embargo ha sido gracias a mis viajes por el mundo que he podido descubrir la opinión de los demás al respecto.

No me gustaría herir susceptibilidades y sólo narraré lo que suele sucederme. Con los norteamericanos por ejemplo, si al presentarme les digo que soy española, para abreviar y porque puede que no sepan qué es Cataluña, me miran de entrada por encima del hombro y pueden transcurrir días durante los cuales tengo que demostrar mi valía para que me tengan en cuenta. Y yo paso de mentar mis orígenes. En cambio, si me presento a un escocés o a un galés, pongamos por caso, respondo a la pregunta «Where are you from?» con un «I'm from Catalonia». Los galeses y, sobre todo, los escoceses, no sienten la patria y comprenden que yo sea más catalana que española, con lo cual el acercamiento es inmediato.

Y no se crean, que a mí me encanta España. En un período de mi vida la recorrí de región en región, de ciudad en ciudad, y de congreso en congreso, con un marido y como «señora de» —

repugnante expresión. Y mientras él se tragaba todas las ponencias, yo me dedicaba a curiosear esta hermosa tierra en compañía de un guía y de las otras esposas de médico.

Y es que a mí lo que me sorprende es la forma equívoca que tiene el Sr. Académico de mirar el país que le ha visto nacer. A ver si consigo aclararme, que ahora mismo estoy confusa.

Y es que uno puede hablar de la grandeza de España y de sus gentes de tantas maneras diferentes como de la tremenda nariz de Cyrano de Bergerac.

Agresivo: Sobre posibles subvenciones a familiares de etarras... *deduje que la voladura de la Moncloa era un plan perfectamente viable. Llegado el caso, yo lo haría gratis.* (Crónicas de un fantasma)

Amistoso: ... *lo que sí creo es que, en España, en conjunto, somos más imbéciles que malvados. De momento.* (Más imbéciles que malvados)

Descriptivo: sobre gentuza que injuria a Manolete, con la insolencia que da saberse impune *en este miserable país de mierda.* (Ahora le toca a Manolete)

Curioso: Sobre la compra telefónica automatizada de un billete de autobús Madrid-Santiago. Ya llevaba un rato. ... *Mi curiosidad se impone al cabreo. ¿Qué puñetas es supra?, pregunto. «Espere un momento, por favor». Treinta segundos después: «No le hemos entendido la pregunta. ¿Puede repetirla?» Puedo repetir y repito, digo. Quiero saber cuál es la diferencia entre normal y supra. «Espere un momento, por favor». Espero. Al rato: «¿Tiene alguna pregunta más?» Ni hartos de vino, digo. «Espere un momento, por favor». Y al rato: «No hemos entendido la pregunta. ¿Puede repetirla?»* (Diálogos para besugos)

Gracioso: Acerca de las diferencias multiétnicas de España. En el DNI: *España, pone de momento.* (Bruselas, tengo un problema)

Truculento: ... *esa otra España virtual, divorciada de la real, ese zoco moruno de golfos encorbatados y sin encorbar que te agría la*

leche, quieras o no quieras, a cada paso que das en este país desgraciado que tan mala suerte tiene. (La delgada línea gris)

Preventivo: Para prevenir la chulería y el desprecio continuo de Londres, el Gobierno español tomará represalias ... *Entre ellas se contempla subir el precio de la litrona de cerveza, prohibir a los turistas ingleses rapados, tatuados y sin camiseta vomitar más de ocho veces seguidas en la vía pública, y hacer que al fin, con todo el peso de su autoridad, la Guardia Civil empiece a amonestar severamente con el dedo, o a mover la cabeza con aire reprobador cada vez que vea pasar a esos hijoputas que viajan por España con el volante al otro lado y menos papeles que Farruquito... Se van a enterar...* (En Londres están temblando)

Tierno: aplaudiendo el impulso caritativo de una pescadera a un mendigo: ... *lo que tengo es ganas de acercarme, apoyar las manos entre los lenguados y los salmonetes y estamparle un beso. Smuac. En los morros.* (La pescadera de La Boquería)

Pedante: ... *Asumo que en estos tiempos y con lectores que no siempre son capaces de hilar fino, hay que asírsela —observen hasta qué punto refina ser académico de la R.A.E. — con papel de fumar.* (Esta navaja no es una navaja)

Caballeroso: No he sido capaz de encontrar nada para poner aquí. Acepten, señores, mis más humildes disculpas. De hecho, él ya lo sabe: *Me educaron para ser un caballero, pero no ejerzo.*

Enfático: ... *hasta los micos gibraltareños se escogorcian de risa burlándose de los zombis españoles.* (Crónicas de un fantasma)

Dramático: ... *esta España vieja, egoísta, insolidaria, enferma, cantamañanas e ignorante.* (Jóvenes lobos negros)

Admirativo: Cada año, el pueblo de Zalamea hace un extraordinario viaje educativo al tiempo de Felipe II en un ejercicio de *legítimo orgullo ciudadano abierto al viejo y noble sentido de la palabra España.* (Estrangulando a capitanes chulos)

Lírico: Hablando de La Mancha y de Don Quijote... *Todavía quedan flores a uno y otro lado de la carretera. ... Allí, de esta cuneta florida,*

salen de pronto dos mariposas. Una mariposa y un mariposo, supongo, pues esta última, o último, persigue a la primera con ávido revoloteo. (La mariposa y el mariposo)

Inocente: ... *los españoles rezumamos casta hasta defecando...*
(Crónicas de un fantasma)

Respetuoso: Hablando de toreros... *cierto sentido del respeto por el enemigo, cierta actitud de resignado estoicismo ante la vida y ante la muerte.* (Viggo, el capitán).

Rústico: Sobre ministros y cerdos ibéricos. ...el ventero cuenta a cuatro hombres de aspecto rudo y mono azul lo que hay de segundo plato: filete con patatas, conejo al ajillo o manitas de cerdo estofadas. *Y uno de aquellos hombres mal afeitados, de manos toscas y uñas sucias de grasa, dice sin levantar la cabeza: A mí ponme las manitas de ministro.* (Manitas de ministro)

Militar: Dos de mayo. ...*Si quieren saber cómo fue, miren los cuadros de Goya o los grabados de los Desastres de la Guerra. Estos ojos enloquecidos por la desesperación y el odio, esas navajas, esos franceses despedazados colgados de los árboles. Enemigos de España. Enemigos de Dios.* (Dos de mayo en Iraq)

Práctico: Don Tancredo, personaje que se sentaba en el centro del ruedo, empolvado de blanco e inmóvil, y que el toro no embestía, tomándolo por una estatua... *es a la manera de Don Tancredo como nos quedamos a menudo, mirando al tendido, con la esperanza de que no se fijen en nosotros y podamos escurrir el bulto.* (Don Tancredo en la peluquería).

IX

Pardiez. Lo que yo no columbro, ni harta de morapio, es que las tordas y los cenutrios de turno se dieran candela para no aflojar la mosca después de ponerse hasta las trancas de fuagrás. Lo cierto es que me quedé de piedra pómez cuando se presentaron en agraz los

picoletos, puchando el guiri y ciscándose en aquellos cenizos que habían interrumpido la partida de dominó que les estaban ganando a los aciagos maderos. Para colmo, les salió del cimbel encabronarse por tener que cargar con lo que consideraron una vil gallofa.

Escribo estas líneas usando expresiones copiadas de la columna de A.P.R. de El Semanal, para que Don Arturo las añada a su colección de gilipolleces, junto a recetas de cocina tan interesantes como unas *alcachofas con huevos y huevas —observen el toque gastronómicamente correcto—* y otras chorradas por el estilo (de: «Comiendo cualquier cosa»).

Yo, al igual que Arturo, entiendo que el léxico sirve para definir con exactitud aquello que queremos decir. O sea que debemos ser precisos y no usar un término por otro. Un día visité a un paciente que acudía a practicarse una ecografía para la cual era obligado que tuviera la vejiga a rebosar, y no estaba preparado. «Espérese fuera y recuerde que no puede orinar», ordené. «Será que no debo, porque poder, sí que puedo», fue su sagaz respuesta. Y estaba en lo cierto. Con frecuencia no nos expresamos con propiedad. Ahora la cosa se ha complicado con los anglicismos que forman parte de nuestro vocabulario cotidiano. Vean:

«Una broker free lance viene de hacerse un peeling porque ha quedado en un pub para ver el trailer de un thriller con un amigo dinky. Pero se salta un stop mientras busca un parking y el air bag se infla tan de golpe que casi le arranca el top. Tras el frenazo piensa: Mierda, tendré que enviar un e-mail a mi amigo fricky que trabaja como hacker en la empresa para avisarle de que esta noche nos hemos quedado sin footing. Y un sms a mi madre para que no haga el pudding. Y a ver si mañana contrato el roaming de una vez».

Claro que no sé cómo podría decirse lo mismo a la española. Quizá así:

«Una agente que compra y vende para otros y que trabaja por su cuenta viene de hacerse una descamación de piel porque ha quedado

en un bar musical para ver el resumen de una película de suspense con un amigo que tiene pareja, trabajan ambos y no tienen hijos. Pero se salta una señal de tráfico que indica que debe parar mientras busca un aparcamiento y el saco inflable del coche se hincha tan de golpe que casi le arranca la camiseta o blusa exigua. Tras el frenazo piensa: Mierda, tendré que enviar un correo electrónico al tío raro que trabaja como experto en ramas técnicas de la información o telecos para avisarle de que nos hemos quedado sin corrida. Y un mensaje por el móvil a mi madre para que no haga el pastel blando. Y a ver si mañana contrato el servicio para recibir y mandar llamadas en redes móviles fuera del área local».

Lo de correr lo he puesto en femenino porque un corrido es una composición musical, como la mejicana que en su día le dedicaron a Arturo. Y buscando fricky en el Google me han salido cosas tan extrañas como la web pajilleros.com o un tipo que decía tener intimidad con un hurón.

Total, con el nuevo texto pasamos de 6 líneas a 10. Con el consiguiente incremento del gasto de saliva, los golpes a la tecla y el papel, este último nada ecológico. Y hablando de anglicismos, parece ser que Don Víctor García de la Concha (presidente de la R.A.E.) se plantea admitir el término goglear, que significaría usar el Google.com. Lo leí en un periódico. Ya ven: actualizarse o morir.

Por supuesto podemos abreviar, y mucho, gracias a las siglas. Sin ir más lejos, en radiología tenemos unas cuantas. Referidas a la institución: ICS, CAP. Referidas al personal: MIR, TER. Referidas a las enfermedades: MEPOC, SOP. Una colega, hace años, se hartó de informar placas cuya orientación diagnóstica (los datos que nos apunta el médico del paciente acerca de lo que cree que padece) no entendía por culpa de las dichosas siglas y tras leer una sucesión de letras altamente irritantes, estampó su diagnóstico en el informe: NPI —como todo el mundo sabe: ni puta idea.

Dice el Sr. Académico que le toca la flor —con perdón, añade— la descortesía de obligarle a consultar diccionarios y llamar por

teléfono cuando en territorio español se usa la lengua que pucha cada cual cuando anda por casa —*puchar* no está en el DRAE, pero podemos usar *chamullar* que también le gusta y sí que está.

Y en esto sí que tiene razón, oigan. No se puede obligar a nadie a leer el sello del franqueo de una carta (se refiere a un sello que venía en euskera) en un idioma que no se habla en la totalidad de la nación.

Como dice aquella hermosa canción de Serrat, Arturo y yo nacimos en el Mediterráneo y este simple hecho ha tenido una gran trascendencia en nuestras vidas. En: «Sus muertos más frescos», Arturo recuerda: *Mi infancia transcurrió junto a un mar azul, viejo, sabio como la memoria, en cuyas orillas crecían olivos y viñas, y por el que vinieron, desde Levante, las cóncavas naves negras, el latín, los héroes y los dioses: todo lo que, en cierto modo, siguió luego camino hacia Méjico y otros lugares donde hoy se habla y se lee en español.*

Me parece que yo no podría vivir tierra adentro, aunque fuera en el mismo país. En cambio, sería capaz de hacerlo en la costa griega, egipcia o tunecina, por decir algo. Y es que hago uso de este *mar de atardeceres color de vino y de orillas salpicadas de templos y olivos* para aspirar su olor, refrescarme con su brisa, caminar a su vera, bañarme en sus aguas y navegar sobre sus olas. El solo hecho de saber que está ahí, al lado, me tranquiliza y me hace pensar que todo está en orden. El Mediterráneo es muchas cosas: historia, cultura, gastronomía, carácter. En el artículo: «Aceite, cultura y memoria», Arturo lo describe así de bien: *...esa bulliciosa plaza pública donde nació todo, en torno a las aguas azules... ese lugar donde se fundieron, para alumbrar Europa y lo mejor del pensamiento de Occidente, las lenguas griega, latina y árabe.*

Lástima que en este mar generoso hayan sido diezmadas tantas especies, entre otras la que durante tres mil años se capturó con las tradicionales almadrabas: el atún rojo. Antes de leer el artículo «Exterminio en el mar», yo ya había sufrido en carne propia la

disminución de las existencias de atún. Hace más de diez años, cuando salía a pescar con Luís —el mismo con quien sobreviví a la tormenta casi perfecta del primer capítulo—, lo normal era cobrar alguna pieza. Con los años, lo anómalo fue traerse algo a casa. Y me sabía fatal, porque Luís, que es de origen vasco-navarro, hace un marmitako para chuparse los dedos. Incluso él, cuando participaba con sus amigos en las competiciones de pesca deportiva, tenía que recorrer muchas más millas, devolver al agua la mayor parte de los atunes porque eran de peso inferior al aceptado (seis kilos cuatrocientos gramos), y regresar casi de vacío. Y no eran los únicos. Ni siquiera se salvaban los que hacían localizaciones previas con avioneta.

Y nosotros dos, con un sano optimismo, incluso nos apuntamos a un curso de pesca del atún gigante, o sea de bichos de doscientos a cuatrocientos kilos, con la técnica del brumeo o cebado. Pero no logramos verle el morro a ninguno aunque hicimos nuestra buena obra del día alimentando de sardina a medio Mediterráneo.

Puestos a hablar de similitudes, Arturo opina que *es bueno que el hombre sepa que es mortal*, y yo le añado que es bueno no sólo saberlo sino irse preparando para el tránsito porque es obvio que todos, absolutamente todos, vamos a palmar. También lo es que entre las enfermedades, las catástrofes naturales y las desgracias inesperadas, estamos vivos de milagro. La muerte va pareja con la vida, siempre está al acecho, y esto, hay que tenerlo presente y darse cuenta de que cada día es un regalo. Porque claro, *el Universo, que es un cabrón sin sentimientos, estira de pronto las patas, bosteza, pega un zarpazo al azar, y una parte de la Humanidad se va a tomar por saco*. (de: «Nos encantan los Titanics»).

Eso rumiaba hace unos meses mientras caminaba hacia casa por una zona inhóspita de mi barrio, en la oscuridad de una desangelada noche de invierno. Me sentía intranquila tras haberme cruzado con un personaje de esos que *echas mano de la navaja antes de que la*

saque él —de: «La venganza de Churruca»— y te la apunta al cuello para que sueltes la viruta y que, como no le guste tu careto, encima te casca.

Y entonces imaginé que llegaba al final de mi existencia y abandonaba este mundo. Y me dije que pagaría gustosa para que mi óbito no tuviera lugar dentro del blanco impoluto de la nada de un hospital. El derecho a elegir la propia muerte, a través del suicidio si se tercia, es una bendición del cielo, otorgada a unos pocos privilegiados.

En eso andaba; por otra parte, nada extraño. Suele sucederme cada vez que salgo de viaje al quinto pino; entonces me despido de Dani y le recuerdo dónde están los papeles y esas cosas, y el teléfono del gestor, y el de mi abogado Elisabet, por si se da la circunstancia de que no regreso. Simple previsión. Dani, con cara de póquer, asiente con la cabeza y estoy segura de que piensa que su madre es una pelmaza.

Pues eso: que imaginé que moría. Y a mí no me preocupa lo que vaya a encontrar en cuanto cruce la laguna Estigia, ni si Caronte tiene una pinta horrible. Como no creo en nada, ya se verá a su debido tiempo. Lo que sí me preocupa, y mucho, es que no me haya dejado cosas importantes por hacer aquí.

Entonces eché la vista atrás; eso es, un repaso global y rápido a mi vida, y pensé con satisfacción que me había cundido mucho. Tengo, apretujados a mis espaldas, aprendizajes, aventuras, vivencias, sucesos, historias de toda índole, gente que en algún momento se ha cruzado conmigo, que ha pasado de largo o que lleva montones de años acompañándome. Recordé que sólo me faltaban tres cosas importantes, no para hacer como nuevas, sino para seguir haciendo: viajar, escribir y aprender, esta última la que más valoro. Luego reflexioné y me tranquilizó pensar que ni siquiera mi hijo me necesita ya. Y francamente, no saben ustedes cuán aliviada me quedé. Por supuesto, no tengo ningunas ganas de que algo o alguien ponga fin a mis días y aún pienso dar mucha guerra, con el permiso

del Universo, pero vamos... Como que *la vida es muy perra* y que, tarde o temprano siempre toca...

No se lo van a creer. Arturo y yo nos parecemos mucho en un rasgo de nuestro carácter. Somos temperamentales como auténticos mediterráneos, y lo que circula por nuestras venas no es dulce horchata valenciana sino sangre cargada de glóbulos rojos que cuando reciben el impacto de cierta cantidad de adrenalina se hinchan y estallan aportándonos un rasgo común de dudosa cualidad: el genio. Me refiero a la cita 3 del DRAE: mal carácter, temperamento difícil. Sí, para qué vamos a negarlo. Yo reconozco que si alguien me busca, me encuentra (según el día, sin buscarme mucho). Y no con el mejor talante precisamente. Uno que me conoce bien, dice de mí que soy rabiosa, aunque quiero alegar en mi defensa que yo me limito a un estado de enfado transitorio que suele diluirse pegando cuatro gritos. En cuanto a Arturo, vean, vean...

El escritor recuerda bien a *otro crío de doce o trece años, que era solitario e iba a su rollo, ...que pasó un tiempo ganándose con los puños el respeto de ciertos compañeros de clase* (de: «Cuánto lo sentimos todos»). Reconoce que para montárselo de autónomo hace falta mucha seguridad en sí mismo y estar dispuesto a pagar el precio.

Y el crío de antes se hizo jovenzuelo. Y fue a peor: *Yo aprovechaba cuando mi hermana estaba en el colegio para ahorcar a la muñeca en el hueco de la escalera*. Tiernos recuerdos de infancia evocados en: «Barbie era una señora», donde el muñeco Tumbelino (¿quién sería ése?) de su otra hermana también sucumbió a la rabia provocada por un desaforado odio mediterráneo, como reconoce él, por echarle la culpa a alguien, supongo: *cada vez que se acercaba mi hermana al moisés de su muñeco y lo destapaba, se lo encontraba apuñalado con un abrecartas de mi padre que tenía forma de daga moruna*.

Más cosas. En el acto de inauguración de una placa conmemorativa en la casa donde falleció Cervantes se concentraron los Sres. Académicos y algunos políticos. Y entonces a un reportero televisivo le dio por hacer el gamba, y Arturo, que velaba porque no hubiera incidentes, le reprendió de esta guisa: *Éste es un acto muy serio de la Real Academia. Así que, como lo envilezcas, te pego una hostia. Personalmente.* (de: «Canutazos impertinentes»).

Y sigo con otra anécdota, protagonizada por él en una visita a la catedral de Murcia cuando intentaba gozar de la belleza del retablo barroco del altar mayor iluminado y tuvo que habérselas con la máquina dispensadora de luz: *Entonces, la verdad, pierdo los papeles. Cagüentodo. Me voy a la máquina y empiezo a sacudirle golpes, como en las cabinas telefónicas; a enchufar y desenchufar cables ciscándome en el retablo y en el copón de Bullas.*

Y para rematar, cuando denuncia los campos de concentración y exterminio del atún rojo: ... *cuando avisto un remolcador que lleva a rastras, camino del presunto criadero, la red o jaula en la que acaban de meter el penúltimo banco de atunes rojos, lamento mandar un simple velero y no un submarino con el que torpedear a esa gentuza.* (de: «Retorno a Troya»). Glups. A saber por qué lo expulsaron de los maristas.

En otros momentos de tensión insoportable, como cuando un día se quedó, en la larga cola del control policial en Barajas, emparedado entre una niña que mascaba un donut de chocolate (*pequeña hija de puta*) y una foca sudorosa (*espalda enorme, desnuda, tatuada...*). Dice: *Consideré la posibilidad de arrojarme sobre el guardia civil más próximo, arrebatarle su arma reglamentaria y pegarme un tiro.* (de: «Otro verano, Marías, colega»)

En el aspecto que tratamos, Arturo me recuerda mucho al capitán Haddock (ya sé que no soy la única), marino aventurero, impulsivo y gruñón por excelencia, y fiel compañero de Tintín. Y claro, aunque A.P.R. se empeñe en resaltar su lado más agresivo, yo sé que no es una persona malaje; también sé que este carácter

explosivo, eléctrico, tiene su lado bueno. Y que aquella mujer de Vilafranca del Penedès que resistió durante veinte eternos minutos, más sola que la una, los embates de un violador, sin que nadie la socorriera, habría estado a salvo si Arturo se hubiera contado entre los vecinos —*que callaron como unos putas*—, pues se habría precipitado a la calle cagando leches para salvarla. Esto, ustedes y yo lo tenemos claro. Porque para hacer algunas cosas es menester tener temperamento y una buena dosis de mala uva. Y por supuesto implicarse, lo que equivale a decir correr riesgos.

Arturo y yo somos padres de dos hijos —aunque suene ambiguo. Se entiende, por todo lo leído anteriormente, que cada cual mezcló sus genes con la respectiva pareja del momento. Yo tengo un chico y él una chica de edad parecida, supongo, pues también está en la Facultad de Historia. No sé qué ideología tendrá ella. Mi hijo, de momento, es muy radical, o sea que está en contra de casi todo: de la política, del consumismo, de la religión, de la tele, de los coches, de los toros, de la música como negocio, del consumo de carne y de alcohol, y de un largo etcétera. Incluso dejó de fumar para no seguirle el juego a las tabacaleras. Y lo manifiesta en las letras de las canciones con que martillea los oídos de la concurrencia que acude a escucharle como «El ataque de la basura radioactiva». Su filosofía de vida se inspira en Proudhon, Bakunin y Kropotkin, y la divulga en *fanzines*, artículos en revistas de barrio y estampados de camiseta. Se ocupa de la distribución de un archivo de publicaciones de amplias miras, de tendencia anarquista, que recoge, entre otros, textos de exiliados políticos, asuntos sindicales, denuncias de feministas y propuestas para escuelas libertarias.

En la alimentación es parecido a Daniel Sherr, traductor simultáneo de A.P.R., *judío, alérgico y vegetariano*, que, al parecer, es un excéntrico que habla más idiomas que un apóstol en Pentecostés. En El Semanal se encuentra un texto con el mismo título donde se especifica que este hombre *sólo puede ingerir arroz*,

fruta, verdura y pollo, lo cual le convierte en más excéntrico si cabe porque los vegetarianos no prueban ni carne ni pescado. Los que son ovo-lacto-vegetarianos toman huevos y lácteos y los veganos como Dani (mi Dani) no consumen nada que sea de origen animal. Con perdón, Arturo.

Un día, invitaron a mi nene (es un decir) a tocar y cantar en una costillada multitudinaria de barrio y éste, cuando todos estaban ya hiperproteinizados, cortó en seco la actuación para leer un texto que había redactado en contra del consumo de carne, invitando luego a los asistentes a promocionar las garbanzadas populares para festejar aquel tipo de eventos.

Yo hago lo que puedo y, durante nuestras largas conversaciones, tiendo a empujarle a la tolerancia aunque me temo que cae en saco roto. De momento.

Hablando de otras extravagancias, de un tiempo a esta parte mi hijo se ha emperrado en dejar constancia de su paso por este planeta. Los hallazgos arqueológicos, estudiados en las clases de numismática, le dieron la idea de subirse a lo alto de algunas montañas para enterrar paquetes que deberían ser hallados dentro de unos siglos por generaciones venideras. Éstos contienen monedas en curso, información sobre su persona con foto incluida, diversos manifiestos y comunicados, un CD con algunas de sus canciones y el periódico del día. Todo ello pretende aportar a quien lo encuentre un conocimiento más profundo y exacto de la época que le ha tocado vivir a Dani.

Al igual que Daniel Sherr, que es un espectáculo en el control de viajeros de las aduanas... *si en el hotel donde se aloja no reciclan, va metiendo en un maletón enorme todos los papeles, periódicos, revistas, plásticos y botellas que encuentre, y viaja con todo eso a cuestas, de ciudad en ciudad, de país en país...*, mi hijo y yo nos apuntamos en su momento a la cívica costumbre del reciclaje que llenó nuestra cocina de cubitos de colores y redujo el de la basura al mínimo. Él, además, amuebla su casa y se viste con material que

otros han desechado, y circula siempre en bici (es incapaz de subirse a un automóvil si no es previo chute de Biodramina).

Dani también es una curiosidad en las aduanas, porque se dedica a cargar chatarra y siempre pita al pasar el control: imperdibles en las orejas, cadena de váter de bolas plateadas en el cuello, paquete de quince llaves colgado del cinturón, ...y en la mochila un litro de aceite de oliva virgen extra, que está carísimo y a veces cuesta de encontrar fuera del país, dice.

X

Cuando haya concluido la última corrección de estas páginas, me personaré un jueves cualquiera en la Real Academia y le entregaré a Arturo el libro que me gustaría titular: «Me enamoré de A.P.R.». Por supuesto no me presentaré con el dualismo Carmen-Nicole porque, aunque ustedes no se lo crean, tengo una idea muy exacta de dónde acaba la ficción y comienza la realidad.

No creo que al Sr. Académico le moleste que le haga este pequeño homenaje, que de eso se trata. Dice el escritor en una entrevista publicada en www.icorso.com que es generoso con los noveles y desconocidos. También subraya que tiene fama de duro y agresivo pero que no lo es, que con la gente es amabilísimo.

Además, yo siempre he pensado que los reconocimientos y la adulación hay que llevarla a cabo mientras el homenajeado está vivo. Y sé que él opina lo mismo. En: «Últimos años con Marsé», denuncia: *Un escritor grande con el que todavía se puede hablar, porque está vivo. Pero no. Esperan, como siempre, a que palme. Entonces se volcarán en incienso al novelista ausente e imprescindible. Gran pérdida, etcétera.* Estas palabras venían a cuento por la poca concurrencia que encontró en una charla que daba el escritor barcelonés, autor de una maravilla como «Últimas tardes con Teresa». ¿Recuerdan? La del Pijoaparte.

Puedo adelantarles que hace unos meses le envié a la Sra. ... el e-mail que transcribo en el segundo capítulo y puedo darles mi palabra de que no he recibido respuesta alguna.

En este verano del 2006 y por culpa de un menisco roto he tenido que anular un viaje de los de caminar (por no usar el anglicismo trekking) a Groenlandia y he decidido hacer otro que tengo pendiente desde hace dos años. Se trata de descubrir en la versión «a su aire, en coche», la España musulmana y judía de Al-Andalus.

En su guía, Jesús Riosalido propone dieciocho rutas, siendo las más aconsejables Andalucía, Aragón, Castilla La Nueva y Valencia. Sin embargo, adivinen la que he elegido.

La región de Murcia, siendo una de las de más honda raigambre musulmana de España, y una de las que más monumentos y puntos de interés pudo conservar de aquel período de nuestra historia común, ha sufrido, sin embargo, y por circunstancias históricas inevitables, una serie de destrucciones en su patrimonio que hacen muy difícil hoy en día reconstruir, tanto ideal como físicamente, lo que pudo haber sido su capital, la ciudad de Murcia, en tiempos musulmanes y mudéjares. Lo mismo puede decirse de la circundante Comunidad Autónoma, aunque también es verdad que empiezan a descubrirse en ella algunos monumentos interesantes.

No duerme mi mirada, busca el cielo
por encontrar la estrella que contemplas.
Paso entre los viajeros, me extravió;
tal vez descubra al que tu aroma lleva.

(Abu Bark At-Turtusi, poeta hispanomusulmán)

Si es que no tengo remedio. O sea que visitaré el Alcázar Seguir, el Casino, el castillo almohade de Monteagudo y hasta la puerta renacentista del Tribunal de la Inquisición que se conserva en el pueblo de Ricote (nombre usado por Cervantes para referirse al amigo morisco de Sancho Panza). Y de paso admiraré el retablo intermitente de la catedral de Murcia.

Además, me acercaré a la cartaginesa Qart-Hadast, para descubrir más cosas sobre la forma de ser de Arturo desde su misma ciudad natal.

Cartagena de Levante, puerto de mar venturoso,
Refugio de los navíos, y de marinos reposo.

O, como dijo Andrea Doria, el gran marino genovés: «En el Mediterráneo hay tres puertos seguros: Cartagena, junio y julio».

Faltaría más. Porque, como dicen por esas tierras: «*O semos o no semos*».

Este libro puede parecer un disparate, pero no lo es. Con todo mi amor se lo dedico a mi ídolo para que sepa que no es cierto lo que dice de que *las chicas ya no me sonríen, o a duras penas*.

Sé que lo he escrito con un total desprecio por el pudor, que me he desnudado íntegramente. ¿Y qué más da? A mí tampoco me va eso de morderme la lengua.

Al fin y al cabo, yo también tengo patente de corso.

EPÍLOGO

Ni en mis peores pesadillas había imaginado que tuviera que hacerle a A.P.R una confesión como la que pronunciaron mis labios en el bar de aquel hotel de Madrid. Pero vayamos por partes pues me gustaría explicárselo a ustedes con todo lujo de detalles.

Dos meses antes del día D empecé a urdir el plan que tendría como finalidad conocer a mi héroe, entregarle este libro e inducirle a leerlo.

La elección de la fecha recayó en el jueves cinco de octubre porque supuse que los académicos habrían retomado su ritmo laboral y porque me dije que encontrarme con él en el día de mi cumpleaños sería el mejor regalo a que podía aspirar.

El desconocimiento del número de jueves que invertiría en lograr mi propósito me impulsó a buscar un vuelo en una compañía aérea de bajo coste y un hotel de las mismas características. No reservé ningún billete de regreso a Barcelona aunque consulté los horarios de los trenes a partir de las cinco de la tarde pues presumí que los académicos se reunían por la mañana.

Unos días antes de mi partida me ocupé de algunos detalles de la máxima importancia, como el de la indumentaria con que me iba a presentar ante mi héroe. Mi amiga M^a José y yo misma gastamos un par de horas y muchos centímetros cúbicos de saliva en averiguar cuál sería la ropa más favorecedora a los ojos de él. Tras largas deliberaciones nos decidimos por una imagen juvenil e informal. Luego nos ocupamos del maquillaje —con un moreno playero y un poco de rímel bastaría— y del pelo. Tras una encuesta telefónica entre mis amigos varones decidí trocar mi melena naturalmente ondulada por un pelo liso, estirado y planchado en la peluquería.

El cuatro de octubre, con la bolsa de viaje que contenía este libro cargada al hombro, volé de El Prat a Barajas, deposité mis enseres en un hostel ubicado detrás de Las Cortes y dirigí mis investigaciones a cinco escasos minutos de allí, al área donde se erige la Real Academia Española.

A medida que me acercaba a pie al edificio se acrecentaba el agradable cosquilleo de aventura que, desde el estómago, se irradiaba a mis miembros. Imaginaba ser un estratega tan meticuloso como el Chacal cuando pateaba París en busca de una buhardilla desde donde disparar la bala que acabaría con la vida de Charles de Gaulle.

Con decisión y con todos los sentidos en alerta, di una vuelta completa al edificio y observé que tenía sólo dos entradas: la del pórtico, majestuosa y protegida por una verja de hierro, y la de la calle Felipe IV, a la que se accedía por una puerta de cristal. La crucé y subí unos escalones que me llevaron hasta un mostrador de madera. Allí un joven bedel me preguntó qué deseaba.

—¿Se puede visitar la Academia? —fue mi primer tanteo.

—No. Lo siento —añadió ante mi expresión compungida.

—Vaya... —y me decidí—. En realidad quiero ver a un académico.

—Ah. ¿A quién?

Y yo, sin ningún pudor, se lo expliqué todo. Bueno, por supuesto, no todo. El chico me informó de cuanto precisaba saber: las sesiones

no eran de mañana sino de tarde aunque él no estaba al corriente de los horarios de los Sres. Académicos, el Sr. Pérez-Reverte solía venir siempre y no debía preocuparme pues me trataría con la máxima amabilidad.

—Le aconsejo que esté por aquí a eso de las cinco menos cuarto —concluyó.

Al salir me fijé en el aparcamiento reservado a los miembros de la RAE ubicado justo frente a la entrada y me dije que dispondría tan sólo de unos cuatro o cinco metros para lograr mi cometido. Sin embargo, me sentía satisfecha y, mientras bajaba la calle con la intención de pasar unas horas en el Café Gijón, telefoneé a Elsa que compartió mi entusiasmo, sobre todo cuando le informé de que el escritor era considerado alguien amabilísimo. Ella y yo habíamos estado practicando respuestas ocurrentes a distintos tipos de bufido que, suponíamos, podía soltarme Arturo si le venía a contrapelo dedicarme parte de su tiempo.

Me obligué a posponer mi nerviosismo hasta los minutos previos al encuentro y pasé unas horas muy agradables en Madrid. A las cuatro y media en punto de la tarde siguiente, con atuendo vaquero y camisa blanca, erguida sobre zapatos de tacón, monté guardia ante la puerta de la Real Academia.

Durante casi noventa minutos caminé calle arriba calle abajo sin apartarme más de cinco metros de la puerta de cristal, desgastando en algunas micras las losetas de la acera.

«Cuando Arturo haya aparcado, dejaré que se acerque y me presentaré. Hola, soy la Dra. Carmen Lafay... Sí, mejor doctora. Nunca uso mi título, pero queda más formal. A ver... Soy la Dra. Tal y vengo de Barcelona para entregarle un libro que he escrito sobre usted y para usted. Eso es: de corrido. Conciso y escueto. Nada de enrollarse. Acaba de parar un coche, un pedazo de coche por cierto. ¿Cuánto ganarán los académicos? Aunque éste es el coche de un hombre mayor. Sí. No es él. A ver, ¿qué estaba diciendo? Un libro para usted y sobre usted. Se entiende bien. Él se sorprenderá un

poco; lo justo. Ha vivido demasiado para inmutarse por una tontería como esa. ¿Y si viene hablando por el móvil? No le podré interrumpir. Tendré que seguirle. Escritora novel persiguiendo a escritor famoso por los pasillos de la RAE, en grandes titulares. Vaya numerito. No, no le seguiré. Hablaré con el bedel para que le avise de que tiene una visita. Y yo le esperaré el tiempo que haga falta. Suerte que no llueve. Sería incómodo, sobre todo para mí porque él, por tan poco trozo no abriría el paraguas. Ahí vienen dos más en un taxi. ¿Y si no acude solo? Bueno, pues pido permiso al acompañante. ¿Puedo raptar un momento al Sr. A.P.R? No, raptar no. ¿Me puede prestar a... ¡mierda! No me sale. ¿Me disculpa? Quiero hablar un momento con el Sr. A.P.R, si no le importa, claro. ¡Cómo le va a importar! Si se ven cada dos por tres. Ahora sale el segurata. Normal, me ve aquí de plantón. A ver si me pasa como aquella vez en Barcelona en que esperaba a un amigo callejeando frente a una comisaría hasta que salió un nacional, me preguntó qué hacía y me pidió el DNI. Me tomó por una prostituta, vamos. Era a finales de los setenta. Los tiempos han cambiado. Mira este señor, qué amable, me ha saludado al entrar. ¡Vaya! Son más de las cinco. ¿Y si no viene? Pues tendré que volver. El jueves que viene, no, que es el Pilar. El otro. Me deben tres días de permiso en el trabajo. Tres jueves. Seguro que es suficiente. Cuando él habla de la RAE da la impresión de que va asiduamente. Y el portero me lo ha confirmado. Esta espera me está desquiciando. Si hasta me sudan las manos. ¿He apagado el móvil? Sí, claro, hace más de una hora, para no olvidarme. Sólo faltaría que en un momento así, ¡bip! A ver, un repaso. Hola, le tiendo la mano. Soy la Dra. Tal y le traigo un libro, bla bla bla. ¿Y luego qué? Me gustaría que se lo leyera. ¡Como que no tiene nada más que hacer! ¿Por qué habría de leérselo? Porque valorará los cuatro meses de curro intenso que he invertido en él, porque es escritor y sabe lo que cuesta. Sí, lo valorará, seguro. Y además, ¡qué narices!, el libro está bien. A mí me gusta. Es sincero y se nota. Pero él no lo sabe. Tendré que convencerle. Bueno, ya se me

ocurrirá algo. Total, tres minutos no pueden dar para mucho. Y no voy a disponer de más tiempo. Tranquila. Esto no es más que un examen, como los cientos de exámenes que he pasado en mi vida. Fue peor el de submarinismo en febrero, en Palamós, con una tramontana que te helaba los huesos y con el agua como cubitos deshechos. O los de piano, cuando me temblaban tanto las manos que no acertaba a dar con la tecla. Total: éste está chupado. Me acerco, le entrego el libro y me voy; tres minutos. Estos tacones me están matando. Lástima que al final no incluyera aquella poesía de Marquina. Le iba al pelo a Arturo. ... «Capitán de los tercios de España... Señor Capitán, el de la torcida espada, de la capa colorada y el buen caballo alazán: si fuera de empresa mía, si mi honor no se oponía, si diera a mi fantasía rienda suelta en este día, ya que partes, capitán, ¡contigo me partiría, y a la grupa montaría de tu caballo alazán!» No recuerdo qué había aquí pero luego ...: «Clávame, dueño, tu espada del revuelto gavilán, y llévame amortajada en tu capa colorada, soberbiamente plegada sobre el caballo alazán.» Muy dramático quizá. Sobre todo lo de amortajada. Y anda que lo de dueño... Las seis menos veinte. Pero ¿qué hace ese hombre? ¿Piensa venir o qué? Ya han entrado al menos una docena de señores... y una señora, por cierto. Venga, Arturete, no hagas campana, que hoy no toca. ¡Vaya palo! ¡Aquí ya no viene ni Dios! Hasta el segurata se ha largado. Se habrá hartado de verme. A ver, respira hondo. Así. Tranquila. En quince minutos se acabó todo. Para bien o para mal. Éxito o fracaso. La vida es así. Estoy más que harta de pisotear la acera. Mis pobres pies. Pues ya es casi la hora. Dentro de nada, a recoger las cosas y a casita. Faltan tres minutos para las seis. ¡Ah! Ahí asoma el bedel.»

—Estoy por irme —le digo—. No vendrá.

—Espérese hasta las seis y cinco, por si acaso —otea la calle—. Mire, por ahí sube.

Yo entonces giro la cabeza a la izquierda y observo a Arturo que, solo, sin el móvil, vestido con traje y corbata, asciende la calle a paso

ligero y tranquilo. He empezado a caminar hacia él, con decisión y sin prisas.

—Señor Pérez-Reverte... —él se detiene y me interroga con la mirada, una mirada nítida, transparente, lo mejor de su rostro—. Soy la doctora Carmen Lafay. He venido desde Barcelona a verle porque he escrito un libro para usted. Un libro que trata de usted.

Él se ha dado cuenta de que tengo el sol en los ojos y me aparta suavemente hacia la sombra.

—¿Trata de mí, ha dicho?

—Sí. De usted como hombre, no como escritor —explico.

—Estoy sorprendido. Y algo abrumado —su sonrisa parece desmentirlo.

—Bueno, no se asuste —yo ya he entrado en confianza.

—No he dicho asustado, he dicho abrumado —puntualiza.

Y, después de hacerme un par de preguntas, ocurre algo maravilloso. Se disculpa por no poder dedicarme más que unos minutos, le sabe mal atenderme de cualquier manera en plena calle y me ofrece un encuentro para cuando termine la sesión de la Academia. Todo un caballero. ¿Qué puede responder una a eso? Acepto encantada. Él menciona el bar de un hotel de la zona y nos despedimos allí mismo con un hasta luego.

Aquel cinco de octubre descendí la calle caminando sobre nubes de algodón y me senté unos minutos en un banco del Paseo del Prado hasta que fui capaz de reaccionar. Entonces me sentí afortunada y agradecida. Pero aquello cambiaba mis planes y disponía tan sólo de un par de horas para solucionar pequeños asuntos domésticos.

Entré en el hostel como una exhalación. Atisbé la recepcionista en su garita, tras el mostrador de un cuarto amueblado con un sofá, un armario, una gran mesa con el ordenador y una nevera. Con un alegre ¡hola!, me colé por la puerta abierta y me desplomé sobre el asiento, disculpándome por descalzarme allí mismo.

—Tengo los pies molidos —sonreí a la joven—, y necesito una habitación para esta noche.

—Imposible. No me queda nada —la chica rubia de ojos azules tendría cerca de treinta años y no mostró extrañeza alguna ante mi irrupción en sus dominios.

Y yo la encontré tan agradable que no me pude contener y se lo expliqué todo: el libro que había escrito, el plantón ante la Academia, mi encuentro con el escritor y la cita que teníamos a las ocho y media. Mencioné también que lo que menos me apetecía era pasearme por Madrid en busca de un hotel, y la muchacha, profesional y competente, se hizo cargo de la situación. Pasó un buen rato efectuando llamadas telefónicas mientras yo conectaba el móvil y respondía los mensajes de diversos amigos que me felicitaban por mi aniversario.

—Lo siento. Están todos completos —me informó ella un buen rato después.

—Oye, ¿y tú no podrías hacerme un hueco en el hostel? Soy de buen conformar. Puedo dormir en cualquier parte. Verás: es que no me apetece nada moverme de aquí —insistí—. Además, la cita es ahí al lado. Y aún tengo que mirar los horarios de RENFE para mañana, porque hoy tengo el último tren a las diez de la noche y no creo que lo alcance. Sale de Chamartín.

La joven se lo pensó un momento y demostró ser una mujer de recursos.

—Lo único que se me ocurre es vaciar el cuarto de la plancha y montarle una cama turca allí. Pero tendrá que compartir el baño del pasillo con la mujer de la limpieza. Si no le importa...

—¡Fantástico! ¿Te ayudo a prepararlo?

Pero ella ya se había encaramado a una escalera para cargarse a la espalda un colchón que descansaba sobre el armario. Y yo le pedí prestado el ordenador con la intención de buscar un tren para la mañana siguiente. Decidí coger el de las siete y media pero no me molesté en reservar el pasaje.

Unos minutos antes de la hora fijada para el encuentro entré en el bar del hotel y busqué una mesa que quedara a la vista. No quería

correr el riesgo de no encontrarnos en un lugar tan concurrido como aquél. Cuando el camarero me preguntó qué deseaba tomar, respondí orgullosamente.

—De momento nada, gracias. Estoy esperando al Sr. Pérez-Reverte.

Los minutos y los segundos de esta breve espera se me hicieron largos aunque yo estaba tranquila y confiada. Todo marchaba incluso mejor de lo previsto: le había conocido en persona y le había regalado el libro. Por aquel entonces no imaginé que acabaría hecha un manojo de nervios. En cuanto llegó Arturo, se disculpó por unos pocos minutos de tardanza y me dejó guiar hasta una zona menos bulliciosa que invitaba a la conversación.

Enseguida él propuso que nos tuteáramos. Y el aplomo me abandonó en cuanto empezó a acribillarme a preguntas: ¿Por qué se te ocurrió escribir algo sobre mí, por qué te has molestado en venir hasta Madrid, cómo está estructurado el libro, salgo yo como personaje, qué tipo de fantasías cuentas? Y me maldije por no haberme preparado para responderlas con soltura. Ahí sí había demostrado una absoluta falta de previsión.

Sentada a su lado en aquel sofá, intentando contestar todos aquellos porqués bajo el peso de su mirada inquisitiva, presentí la gran distancia intelectual que nos separaba, aunque él se mostraba natural y cercano. Parecía tan sólo un hombre que siente curiosidad ante un acontecimiento inesperado. Habló poco, lo justo para indagar acerca del motivo que me había impulsado a escribir el libro. Y yo, que había estado eludiendo ese tema, no pude esconderme por más tiempo y, mirándole a los ojos, confesé:

—Es que me he enamorado de ti. Virtualmente, claro —el rubor debió de colorear mis mejillas ante una confesión de este calibre. Y anhelé desaparecer, volatilizarme, convertirme en humo o en cenizas. Deseaba estar en cualquier parte menos allí. Pero seguía sentada en el sofá, tan apocada que ni siquiera me fijé en su expresión.

Entonces él tomó de nuevo las riendas de la entrevista y me condujo a terrenos menos resbaladizos. Quiso saber qué escribía, si había publicado algo, si tenía otros proyectos, y la conversación pudo fluir, más relajada por mi parte, hasta que Arturo se disculpó alegando una cena y ambos nos levantamos.

Nos despedimos en la calle, bajo una hermosa luna llena, con un apretón de manos y con la promesa formal, por su parte, de leerse este texto.

Yo deambulé sin rumbo por las calles de Madrid, impresionada por el escritor, y con la sensación de no haber estado a la altura de las circunstancias. Hice algunas llamadas telefónicas y, después de cenar, me retiré al cuarto de la plancha del hostel. No conseguí pegar ojo en toda la noche. Recitaba de memoria pasajes del libro y me ponía en la piel de Arturo, y los leía con sus ojos, e intentaba captar sus impresiones y meterme en su mente y robarle los pensamientos, y así di vueltas y más vueltas en la cama, hasta que debí de dormirme pues me despertó un fuerte dolor de estómago. Como cualquier galeno que se precie, no suelo llevar ningún medicamento encima, y pasé el resto de la noche doblada, partida en dos, en el borde de la cama.

A las seis y media abandoné el lugar y descendí a pie hasta Atocha. El agradable frescor del amanecer tuvo un efecto de bálsamo sobre mis músculos entumecidos. Pero cuando llegué a la estación no pude comprar el billete por estar las taquillas cerradas hasta diez minutos antes de la salida del tren. Ingerí un café con leche para despejarme, luego hice algunas preguntas y se me informó de que debía conseguir un pasaje en tierra y que me lo venderían en el Botánico. Y yo, que a veces voy de listilla, no atendí a la segunda parte de la respuesta que tenía por finalidad informarme de dónde estaba el Botánico. Por supuesto conozco la ciudad, me dije, y sé exactamente donde está el Jardín Botánico: justo al lado del Museo del Prado. No pensé nada más, simplemente salí zumbando a la calle, ascendí otra vez el oscuro paseo a la carrera y merodeé por los

solitarios alrededores del Jardín Botánico hasta que me di cuenta de mi estupidez. Regresé a la estación de Atocha corriendo y adquirí el billete en el mostrador ubicado al lado de los cuatro árboles —bueno, quizá sean una docena— que los madrileños denominan ampulosamente botánico.

Estuve tensa en los días siguientes, esperando el veredicto de Arturo, pero feliz a la vez por haberle conocido al fin. Él me había ofrecido la oportunidad de pasar un rato a su lado y, con este gesto, me había demostrado que los famosos no tienen por qué ser inaccesibles.

Tres días después supe que A.P.R había cumplido su palabra de leerse el libro y que no tenía inconveniente en que lo publicara.

Y yo, si de algo estoy segura, es de que no voy a olvidar fácilmente mi cumpleaños de este año dos mil seis en que he podido convertir en realidad un sueño.